

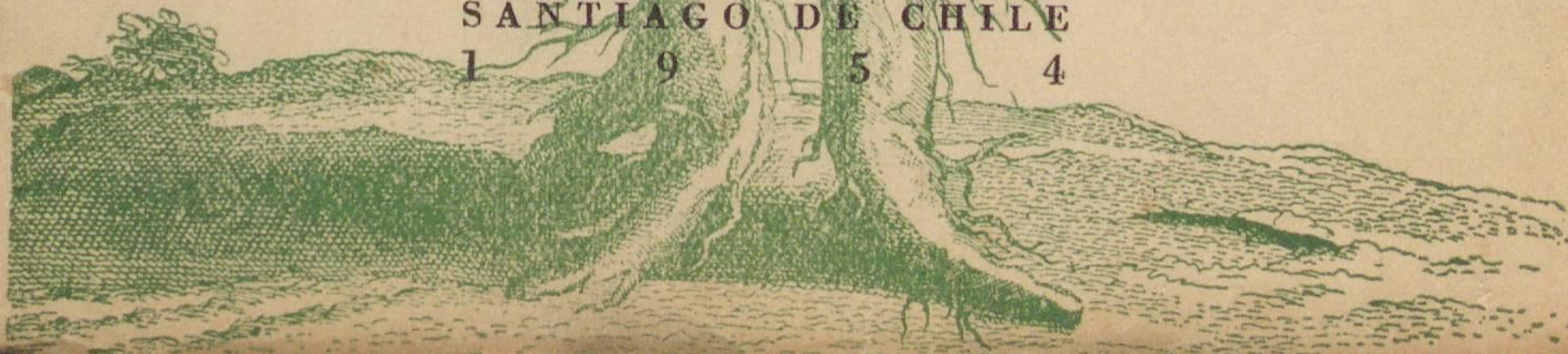
ENRIQUE GÓMEZ-CORREA

MANDRÁGORA
rey de gitanos

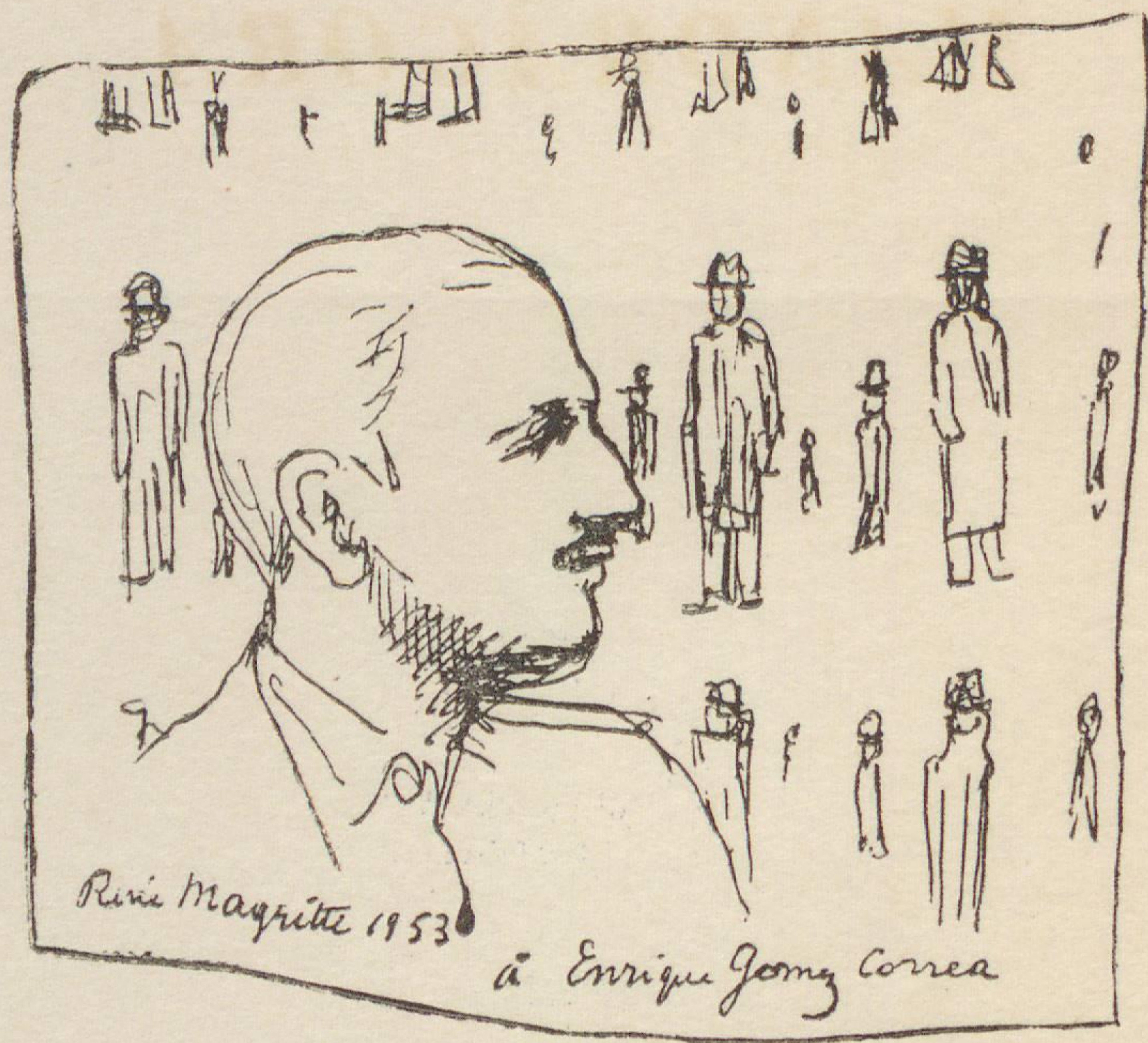
DRAMA INSPIRADO EN UN CUENTO
DE ACHIM VON ARNIM

EDICIONES MANDRÁGORA
SANTIAGO DE CHILE

1 9 5 4



M A N D R Á G O R A
R E Y D E G I T A N O S



ENRIQUE GÓMEZ-CORREA

MANDRÁGORA
rey de gitanos



EDICIONES MANDRÁGORA
SANTIAGO DE CHILE
1 9 5 4

OBRAS DEL AUTOR

- LAS HIJAS DE LA MEMORIA, (Poemas).—Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1940. (*Agotado*).
- CATACLISMO EN LOS OJOS, (Poemas).—Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1942. (*Agotado*).
- SOCIOLOGIA DE LA LOCURA, (Ensayo).—Ediciones "Aire Libre", Santiago de Chile, 1942. (*Agotado*).
- MANDRAGORA, SIGLO XX, (Poemas), con ilustraciones de *Jorge Cáceres*. Santiago de Chile, 1945.
- LA NOCHE AL DESNUDO, (Poema).—Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1945.
- EL ESPECTRO DE RENE MAGRITTE, (Poemas), con ilustraciones de *René Magritte*, Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1948.
- EN PLENO DIA, (Poema), con ilustraciones de *Enrico Donati*, Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1948.
- CARTA-ELEGIA A JORGE CACERES, (Poema), con ilustraciones de *Jacques Herold*, Ediciones "Mandrágora", Santiago de Chile, 1952.
- LO DESCONOCIDO LIBERADO *seguido de* LAS TRES Y MEDIA ETAPAS DEL VACIO, (Poemas), con un dibujo de *Victor Brauner*, Ediciones "Le Grabuge". — Santiago de Chile, 1952.

Inscripción N.º 15.379

El nacía para el cielo el mismo día que nació
para la tierra.

ACHIM VON ARNIM

PERSONAJES

MILENA, princesa gitana.
MANDRÁGORA, hombre-raíz.
BRAKA, vieja gitana.
PRÍNCIPE CARLOS (Emperador Carlos V).
ADRIÁN,
CENRIO, preceptores del Príncipe Carlos.
ABRACADABRA,
SORTILEGIO, lugartenientes de Mandrágora.
MILENA-GOLEM.
NIETKEN, vieja trapera y alcahueta.
PIEL-DE-OSO, valet de Mandrágora.
HOMBRE-DE-LA-CALLE 1º.
HOMBRE-DE-LA-CALLE 2º.
ENFERMO 1º.
ENFERMO 2º.
ENFERMO 3º.
ENFERMO 4º.
ENFERMO 5º.
GITANO 1º.
GITANO 2º.
GITANO 3º.
UN LADRÓN.
UN ASESINO.
UNA ADÚLTERA.
UN MAGO.
CONSEJO-DE-LOS-ANCIANOS-CON-GORRO-DE-CUERO-DE-
CONEJO (7).
UNA SIRVIENTE.
MÚSICO 1º.
MÚSICO 2º.

CORTESANO.

CORTESANA.

MENSAJEROS (2).

Séquitos, soldados, músicos, danzarines, gitanos, etc.

Un perro negro y una gata negra.

LUGAR: En la región de Gante (1515).

A C T O P R I M E R O

ESCENA PRIMERA

Una casa abandonada no lejos de Gante. Desde la ventana de una de sus habitaciones se divisa el río Escalda. Afuera es de noche y en el cielo brillan las estrellas. Milena y Braka están junto a la ventana.

MILENA.—¡Qué noche más azul y más clara!

BRAKA.—¡Ay, Milena! desconfía de noches semejantes a éstas. A menudo ellas, en su claridad y en ese azul provocante como el de la llama del alcohol, nos ocultan acontecimientos siniestros. Debes aprender a leer en las estrellas de la misma manera que se hace en las cartas de los cautivos: entre líneas.

MILENA.—Braka, una estrella me sonríe. Mira, ahora la luna descende y mi padre aún no ha regresado. Braka, anoche he tenido hermosos sueños con mi padre. Le he visto sentado en su trono de Egipto y los pájaros volaban alrededor de su cabeza. ¡He sentido tanta alegría!

BRAKA.—¡Pobre, Milena mía! si eso fuera verdad. Pero, ¿has traído algo para comer?

MILENA.—¡Ah, sí! Al sacudir el vecino su manzano muchos frutos han caído en el arroyo; yo logré coger algunos que fueron detenidos por las raíces de un viejo árbol. Mi padre además me ha dejado un gran pan.

BRAKA.—El ha hecho bien, porque ya no tendrá más necesidad de pan. Ellos le han quitado el apetito.

MILENA.—¿Cómo dices, querida Braka? ¡Hablad! Decidme, ¿dónde está mi padre, mi duque? ¿Es que él

se ha herido haciendo sus juegos de fuerza? ¡Conducidme hasta donde mi señor!

BRAGA.—¡Ay, hija mía! ¡Tan joven y ya tener que sufrir la acidez de las lágrimas! Mirad: allá lejos entre las colinas se alza una horca; no llores, pobre hija mía, es tu padre que está colgado en ella. Calmaos, Milena: nosotros iremos esta noche a buscarle y le lanzaremos al río con todos los honores debidos a su rango, para que así vaya a reunirse en Egipto con todos nuestros hermanos. El ha muerto en piadosa peregrinación y, aunque haya dejado esta vida, debe continuar su camino. Sí, Milena, nosotros los gitanos somos de una raza maldita, siempre condenados a vagar por el mundo, de pueblo en pueblo, hasta expiar la culpa de nuestros antepasados que, groseramente, negaron albergue a la Sagrada Familia en su huída a Egipto.

MILENA.—(*Transfigurada por el dolor, sollozando*).—Querida Braga, ¡decidme cómo ha podido ocurrir esta horrible desgracia! ¡Decídmelo!

BRAGA.—Procedente de Francia había llegado a Gante un nuevo grupo de nuestros hermanos, entre los cuales se encontraban dos individuos llamados Happy y Emler. Como carecían de dinero y de toda clase de recursos, tu padre, cuya nobleza de sangre y de corazón todos los gitanos admirábamos, les llevó a un albergue y, para juntarles algunos recursos, quiso mostrarse una vez más en público, maravillando a los asistentes con sus juegos de destreza. Mientras tal hacía y todos estaban distraídos, Happy se aprovechaba para robar los gallos del corral, pero ¡ay! los gritos de las aves habrían de denunciar su torpeza. En vano tu padre quiso protestar de la inocencia de Emler y

de la suya propia, en vano tu padre quiso castigar a Happy. Todos fueron aprehendidos y, considerados en complicidad, se les condenó sin mayores contemplaciones, a la horca. ¡Vos sabéis, Milena, cuán dura es la ley de los burgueses de Gante para con los gitanos! Tranquilizaos, hija mía, no lloréis; ahora eres tú nuestra única esperanza; tú, quien debe conducirnos cuando llegue el momento de cumplirse nuestro voto; tú eres ahora la dueña de todo lo que poseía tu padre. El, al entregarme las llaves, me dijo que precisaba que no fueses triste; que no temieses al perro negro, porque desde ahora te obedecería, que tú serías su ama. Vamos, hija mía, no llores. Toma este vino y este plato de carne y vete a celebrar en honor de tu padre la comida fúnebre. Todo se arreglará con el tiempo. Hasta luego, Milena. (*Sale*).

MILENA.—(*Suspirando*). Mi sueño era verdadero. Mi padre ha sido elevado a las alturas... Los pájaros han picoteado su frente... (*Mirando de nuevo a través de la ventana*). Ahora su cadáver se balancea en la horca, cae... Nuestros hermanos van a celebrar el festín en su honor... Yo también serviré mi comida fúnebre.

ESCENA SEGUNDA

En el jardín de la misma casa. Al fondo corre un arroyo que va a desembocar en el Escalda. En medio del jardín hay una gran piedra rectangular que sirve de asiento. Como es de suponer continúa la misma noche. Milena entra a escena por la puerta que da al jardín. Ella avanza con los cabellos sueltos, vestida con tules blancos. En sus manos lleva un velo, un pedazo de pan y un cántaro de vino. La sigue el perro negro.

MILENA.—(Como sonámbula). Yo también serviré mi comida fúnebre en honor de mi padre... mi señor... mi duque. (*Ella extiende el velo sobre la piedra, pone los dos platos y los dos vasos —que ya antes ha dejado en el suelo—; parte el pan en dos pedazos y vierte el vino en ambos vasos*). ¡Salud, príncipe de los gitanos, brindo por ti, por el pueblo gitano; brindo por el alma de todos los gitanos, que eres tú, mi señor! (*Chocando los vasos, bebe el vino del suyo; después toma otro vaso; se levanta y avanzando lentamente lanza el vino al arroyo: se oye una música suave*). Lo sé, brindas por tu amado pueblo, por la buenaventura del pueblo gitano. (*La luna asciende en el cielo, esclareciéndose la escena; se oye el mugido de las aguas*). Padre mío, eres tú... veo tu imagen pálida bañada por los rayos de la luna, veo tu cabeza ceñida con la corona de los bohemios. (*Estirando los brazos*). ¡Llévame, mi señor, en vuestro peregrinaje!

(En ese momento entra Braka y se queda algunos instantes espantada con el espectáculo).

BRAKA.—¡Dios mío! El cadáver del Príncipe Miguel, vestido con su mortaja, arrastra a Milena... su corona de plata resplandece. (*Riendo nerviosamente*). ¡Milena, Milena mía, dejadle ir, él conoce el camino mejor que tú, dejadle ir! ¡Milena! ¡Pobre, Milena mía! (*Las nubes cubren la luna; se oscurece la escena*).

ESCENA TERCERA

La misma casa anterior. Dos habitaciones comunicadas por una puerta secreta. Milena está en la cámara secreta de su padre: ella examina los bienes que ha heredado.

MILENA.—He aquí los tesoros de mi querido padre: seis paquetes de hierbas aromáticas; tres sacos llenos de raíces extrañas; sesenta y seis piedras raras de todos colores; estos objetos que no sé para qué han de servir. Veamos ahora qué es lo que hay en este sobre grande, ¡ah!, son cartas, y qué hermosos sellos! ¡Vaya un papel de calidad y qué finas caligrafías! (*Leyendo*) "Mein lieber Michael...", escritas en alemán, español, francés y estas otras en caracteres que no atino a comprender. ¡Mi padre conocía todas las lenguas antiguas

y las que hoy se hablan en los rincones más apartados del mundo! Pero dejemos esto; veamos los libros. Se necesita de una gran paciencia para copiarlos, traducirlos y ponerles esta pasta en cuero de cabrito. (*Toma uno a uno los libros, examinándolos ligeramente*). Raimundo Lulio, *Arte Magna*; Cornelius Agrippa, *De occulta philosophia*; Francisco de Villalobos, *Las Tres Grandes* (parlería, porfía y risa), *Sumario de la Medicina*; *La Quête du Graal*; Dioscoridis (Pedannii), *De medica materia libri sex*; Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*; Théophrasto, *Historia plantarum*; Jámblico, *Los Misterios Egipcios*; Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*; Alberto el Grande, *De Potentia daemonum*, *Los admirables Secretos del Gran Alberto*; Hermes Trimegisto, *La Mesa Esmeralda*; Michael Psello, *El Arte de hacer oro, De Operatione Daemononum*; *El Grimorio del Papa Honorio III*; Arnauld de Villeneuve, *Brevarii*; Flamel, *Le Désir désiré...* Realmente es una extraña colección de libros. Deben haber también historias divertidas, alucinantes. Sentémonos a leer éste. (*Entra en la pieza contigua y lee en voz alta*): PSEUDO BARUCH, *Apocalipsis*: "...Y yo dije al ángel: "¿Cuál es este pájaro?" Y él me dijo: "Es el guardián de la tierra habitada". Y yo dije: "Señor, ¿cómo es el guardián de la tierra habitada? Enseñádmelo". Y el ángel me dijo: "Este pájaro corre por los costados del sol y, desplegando sus alas, recibe los rayos inflamados; si él no los interceptase, la raza humana no podría vivir, como tampoco ninguna otra especie animal, pero Dios ha cometido al pájaro (en esta tarea)".

.....
"Y el pájaro extendió sus alas y yo ví sobre su

ala derecha gigantescas letras comparables a un área de una capacidad de cuatro mil celemines; y eran letras doradas. Y yo leí; y he aquí lo que ellas decían: "Ni la tierra ni el cielo me engendran: son las alas del fuego las que me engendran". Y yo dije: "Señor, ¿cuál es este pájaro y cuál es su nombre?". Y el ángel me dijo: "Fenix es el nombre que lleva". (Y yo dije): "¿Y qué es lo que come?" Y él me dijo: "El maná del cielo y el rocío de la tierra..." ¡Bella historia la del fénix! Debe ser un pájaro de carne bastante deliciosa. (*Esclarecimiento. Se oye el grito de una lechuza*). ¡Ah, es BraKa que regresa! ¡Entrad!

BRAKA.—(*Poniendo las dos manos sobre el libro que lee Milena*). Ahora, hija mía, más cariños y más besos. Hoy no tendrás pasteles si no me los pides con la cortesía que se requiere para estos casos.

MILENA.—Yo nada te he pedido. Anda, dámelos. Hoy he examinado los libros de mi padre y he encontrado maravillosas historias. ¡Qué no daría por ser duende!

BRAKA.—(*Mirando el libro*). Es extraño que siendo yo tan vieja no sepa leer y tú, que apenas has vivido, leas tan corientemente. Escúchame: puesto que tanto deseas ser duende, yo tengo una idea para satisfacerte y de la cual, por otra parte, podríamos sacar provecho.

MILENA.—¡Pues, díla!

BRAKA.—Bueno, no es para entusiasmarse tanto. El caso es el siguiente: pasando ayer a caballo, en frente de esta misma casa, el Príncipe Carlos preguntaba a su preceptor Cenrio la razón de por qué siempre esta casa permanecía cerrada y abandonada. Cenrio le explicó que desde hacía tiempo esta casa estaba habitada por los duendes, razón por la cual

no había compradores ni arrendatarios para ella. El Príncipe en vez de atemorizarse expresó sus vivos deseos de pasar una noche en ella y de enfrentarse con los fantasmas. Tú comprendes que el Príncipe vendrá con soldados y pueden sorprendernos y nuestra tranquilidad se romperá.

MILENA.—Entonces yo podré ver al Príncipe. ¡Tanto he escuchado hablar de su nobleza, de su hermosura, de su gallardía!

BRAKA.—Vale más que pienses en nuestra tranquilidad antes que en el Príncipe. Dime, pues, ¿serías capaz de desempeñar el papel de duende?

MILENA.—Naturalmente, ¿pero qué debo hacer?

BRAKA.—Escucha bien: el Príncipe no puede pasar la noche sino en esta habitación; primero, porque es la única que tiene una sola puerta de acceso y, segundo, porque es la única que cuenta con un lecho. Imagínatelo bien tranquilo y bien dormido, entonces tú entras silenciosamente por la puerta de la cámara secreta de tu padre y te colocas al lado de su lecho. Al despertarse el Príncipe, y verte a su lado como un fantasma, saldrá huyendo despavorido; pero, si por alguna razón él no se espantase, lo que no creo probable, tú le hablas y le dirás que eres una enviada del amor y que vienes a hacerle feliz.

MILENA.—(Sin levantar la vista del libro). Sí, es una buena idea.

BRAKA.—Pero, ¿qué te pasa con ese maldito libro?

MILENA.—Como ya te dije he estado en la cámara secreta de mi padre y ahí lo encontré; hay muchos otros y tú puedes coger uno.

BRAKA.—Ya que lo permites, entraré; mientras vivió tu padre jamás me atreví. (Entra por la puerta secreta, regresando luego con un paquete de hierbas).

En realidad, no hay muchas cosas, fuera de los malditos libros que tanto te entretienen. Estas hierbas me servirán para preparar algunas recetillas. (Se oyen voces). ¡Ah!, es el Príncipe Carlos que viene ahora. Escondámonos. (Toma la lámpara junto con el paquete de hierbas y entra con Milena en la cámara secreta).

Aparece el Príncipe Carlos con Cenrio. Este último lleva un candelabro con siete velas encendidas.

PRÍNCIPE CARLOS.—(Lanzando su sombrero sobre la mesa). Ahora veremos si es verdadera esta famosa historia de duendes. (A Cenrio). Dejad sólo dos velas encendidas y cercad bien la casa con soldados. Perded toda clase de temores que nada grave habrá de suceder.

CENRIO.—Señor, si tenéis necesidad disparad vuestra pistola y, aún más, podéis llamar en voz alta, porque cerca de la ventana dejaré apostado un soldado. Por otra parte, yo permaneceré no lejos de aquí.

PRÍNCIPE CARLOS.—Tranquilizáos, Cenrio, todas estas precauciones son completamente inútiles. Con mi espada y mi cota de mallas no temo a nadie, ni menos a los duendes. (Extiende su capa sobre el lecho). Ahora, ¡déjadme solo! (Sale Cenrio) (El Príncipe Carlos se sienta a la mesa y empieza a entonar una canción; después se tiende sobre el lecho y canta).

A la inversa
Lauchas blancas corren sobre la cubierta movediza
De una gran mesa de armiño.
Oh, amada mía, ven
Dádme tus besos
Tus ardientes besos
Que yo ciño en mi cabeza
La corona.

Ella habla
Y cuando ella habla
Es como escuchar una invitación a hacer el amor
Oh, amada mía, ven
Dádme tus besos
Tus ardientes besos
Que yo ciño en mi cabeza
La corona.

BRAKA.—(*Observando al Príncipe por una rendija. Bajo*).
¡Parece que al Príncipe se le ha subido la fiebre
a la cabeza! ¡El está apurado!

El Príncipe se duerme. Milena se quita los zapatos y sus medias. Se pone una larga camisa azul, sujeta con un broche de oro. Sus cabellos caen sobre los hombros. Silenciosamente pasa a la habitación en donde duerme el Príncipe; le quita las armas y luego después, parándose al lado del lecho, le mira con el rostro anegado por el amor. Se inclina y le besa tiernamente en los labios.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Despertándose sobresaltado*). ¡Socorro, Cenrio! (*Huye despavorido, olvidando sus armas. Milena va a reunirse con Braka en la cámara secreta. Después de unos instantes, el Príncipe Carlos regresa con Cenrio y algunos soldados que tiemblan de miedo*). Era un fantasma alto, con el rostro más hermoso que jamás se haya visto en la vida; su cabeza estaba cubierta de serpientes. ¿Nadie de ustedes quiere permanecer aquí? ¡Pues, yo me quedaré! Cenrio, ¿es que tengo quemados los labios? Ella me ha dado un beso que me ha hecho estremecer de la cabeza a los pies; mi corazón se ha llenado de placer. Cenrio, ¡yo debo quedarme aquí, yo quiero ver otra vez al fantasma!

CENRIO.—¡Santa madre! ¡No os dejaré por nada en el mundo! Habéis cumplido una hazaña que nadie

habría siquiera osado de pensar. ¡Sed prudente, señor!

PRÍNCIPE CARLOS.—Es verdad. Ella era un fantasma adorable. Yo sabré encontrarle una vez más. (*Todos salen. Se oye el galope de caballos que se alejan. La escena se oscurece*).

ESCENA CUARTA

Las mismas habitaciones anteriores.

MILENA.—Si pudiera verle de nuevo, si yo pudiera salir de estas cuatro paredes e ir a la ciudad; él ocupa todo mi pensamiento, soy su pensamiento, mi corazón no late sino porque él existe, mi existencia depende de su propia existencia. Tú dices, Braka, que esto es el amor; esta palabra yo no la conocía antes. Ahora sé que el amor es esta suma terrible de presencias y de ausencias del ser amado.

BRAKA.—No pienses más en ello, Milena, o de lo contrario viviréis torturada por la angustia: vuestros cabellos se os tornarán blancos antes de tiempo. Abandonad esos pensamientos que no conducen a nada útil.

MILENA.—Desde ahora mi vida depende de su presencia, sólo deseo verle de nuevo. Tú, seguramente, debes conocer un método simple para volverse invisible: así podría ir a la ciudad sin ser vista por

nadie, así podría ver de nuevo a mi amado Príncipe.

BRAKA.—¡Volverse invisible y por un método simple, vaya una idea! ¡Yo no conozco otro medio para abrir toda clase de puertas, sin ser vista, que el dinero! Tal vez en los libros de tu padre, que tanto te entusiasman, puedas encontrar alguna fórmula.

MILENA.—Es tan difícil de penetrar en su contenido; he leído muchos de ellos que hablaban de la Gran Alma incandescente, de piedras mágicas llamadas *Abraxas* con un gran poder neutralizante de las influencias demoníacas, del vuelo o transmigración de Ibis, de un vaso extraño designado con el nombre de *huevo filosófico* que sirve de cuna al *niño de sus deseos* (parece que aquí se refieren al oro), del *polvo filosofal*, del *gran magisterio*, de la *leche de la Virgen*, de *tintura*, de la *pedra filosofal*...

BRAKA.—¡Caramba! ¡Caramba!

MILENA.—Encontré otros libros que daban fórmulas para obtener la invisibilidad: uno aconsejaba beber una infusión, con fumigaciones al mismo tiempo, hechas con una hierba llamada *andrómeno*, pero no sé como identificar esta hierba. Otro daba la siguiente receta: “Tomar un gato negro en Febrero; cortarle la cabeza en hora menguada, es decir cuando falte muy poco para la hora siguiente; meterle siete habas en ojos, boca, narices y oídos; enterrar la cabeza con la cara dirigida hacia Oriente en sitio donde no se vea; esperar a que nazcan, granen y sazonen las habas; recoger todas las habas sin dejar una; desgranarlas sobre una mesa; tomar un espejo con la mano izquierda e irse metiendo las habas una a una en la boca, mirando al espejo; el haba que se mete en la boca se tira a la basura si ve la imagen, pero llegará un mo-

mento en que al ponerse una de las habas en la boca, no se verá la imagen y esa haba es la que sirve para hacerse *invisible* mientras se tenga en la boca”. Pero estamos, querida Braka, en el mes de Agosto y tendríamos que esperar hasta Febrero del próximo año; esto es mucho esperar; yo debo ver al Príncipe pronto, yo deseo verle pronto. Tú, Braka, debes conocer una fórmula más simple y que pueda llevarse a cabo sin esperar tanto.

BRAKA.—Veo, Milena, que te estás tornando sabia al igual que tu padre, pero, como te he dicho, yo no conozco otro medio para volverse invisible que el dinero; los gitanos siempre decimos: “no hay cerradura si es de oro la ganzúa”; sigue, pues, buscando en los libros y tal vez podrás encontrar la receta que necesitas. Yo me llevo este saco de raíces y salgo. ¡Hasta luego, Milena! (*Se va*).

MILENA.—(*Sola*). Es verdad, estos libros contienen toda la sabiduría; en ellos tengo que encontrar la fórmula que busco. (*Hojea los libros leyendo fragmentariamente*) “...La mandrágora es una planta de un gran poder mágico...”; “...quien posee la mandrágora tendrá el poder, riquezas y el amor...” Es lo que necesito... sigamos. “Para tener la mandrágora es necesario de una joven pura, de origen noble, que, olvidando su pudor y su rango, desee ardientemente ver a su amado...” ¿Acaso en mí no se cumplen estas condiciones? “...La operación debe verificarse la noche del segundo Sábado del mes, porque entonces los hechiceros y las brujas se encuentran en *aquelarre*, o sea, en una reunión que preside Satanás completamente desnudo en un trono y en que los hechiceros y las brujas acuden cabalgando machos cabríos, asnos y

escobas, para después, la más fea y asquerosa de las brujas, ocupar un asiento al lado del trono y rendir homenaje al demonio... cada bruja cuenta las fechorías realizadas desde la última reunión... sigue una *misa negra* con sermón lleno de blasfemias..." Hay que aprovechar, pues, que las brujas y los hechiceros están en el aquelarre. "...Los astros húmedos y fríos, Saturno y la Luna, deben estar ascendiendo en el cielo..." "La joven debe cortar su larga cabellera y con ella trenzar una cuerda después de haberla cortado..." "Enteramente vestida de blanco, con la frente coronada de flores y adornada con joyas de plomo, ella debe trasladarse, en compañía de un perro negro, al lugar en que se alce un patíbulo y en donde un ahorcado inocente haya derramado sus lágrimas..." "La joven atará un extremo de la cuerda, hecha con su cabellera, a la planta y el otro extremo a la cola del perro negro; después le llamará dulcemente hasta arrancar la planta del suelo..." "El perro muere y va a reunirse al cielo con su amo..." "Es necesario que la joven se haya, previamente, tapado los oídos con cera, porque, de lo contrario, los terribles gritos de la mandrágora pueden enloquecerla..." "Asimismo, ella deberá de guardarse de estar contra el viento y de trazar antes tres círculos alrededor de la planta con una espada; al arrancarla deberá volverse hacia el Poniente..." "Después se lavará cuidadosamente la raíz; dos bayas de ginebra le colocará a manera de ojos; en la boca, un fruto rojo de escaramujo; al nivel del cráneo, del mentón y de las partes sexuales, ella pondrá algunos granos de mijo, precisamente en escisiones que hará en la costra de la raíz..." "La apretará en su pecho hasta darle vida..." "Después

le alimentará con leche de gata negra y, al cabo de ocho días, la mandrágora habrá alcanzado su completo desarrollo..." "El ritual debe cumplirse rigurosamente, porque de llegar a olvidar alguna de estas prescripciones la mandrágora se vengará con terribles castigos..." (*Con gran entusiasmo*). ¡Esto es lo que yo precisaba! ¡Me leeré cien veces el ritual hasta aprenderlo de memoria, estoy segura de que nada olvidaré! ¡Tendré la mandrágora, ¡la mandrágora! (*Se oscurece la escena*).

ESCENA QUINTA

Es de noche. Al fondo de una colina se levantan tres patíbulos, en dos de los cuales aún se balancean dos ahorcados. En el cielo ascienden lentamente la Luna y Saturno. A lo lejos se divisan las luces de la ciudad. Milena avanza con lentitud portando un largo vestido blanco, tal como se prescribe en el ritual: la sigue el perro negro atado con la cuerda hecha con los cabellos de Milena misma. Se oye el gemir de animales salvajes y ladridos de perros.

MILENA.—¡Tener la planta mágica, poseer la mandrágora! ¡Y si yo enloqueciera con sus espantosos gritos, qué sería de mí? Padre mío, ¡dadme fuer-

zas para no sucumbir en esta terrible prueba! ¡Ay, cuántas acciones se cometen en tu nombre, Amor! ¿Es por él, por mi amado Príncipe, o es por las lágrimas de mi inolvidable padre que yo me muevo en esta noche propicia al sortilegio? Tal vez debe existir un instante en que la posesión del amor nos haga perder los contornos precisos del ser amado. En ese momento seguramente ha de llenárenos el corazón de alegría y de pena hasta no saber por qué lloramos o reímos. Esta noche es propicia a los encantamientos; allá lejos brillan las luces de la ciudad: algún día pasaré por las calles de Gante a pleno sol; cruzaré el umbral de aquella mansión, la más iluminada de todas, y que es sin duda la que habita mi amado Príncipe. Pero ya estamos al pie del patíbulo, martirio de mi padre; aquí deben haber caído sus lágrimas de inocencia; aquí debe estar la planta, la mandrágora mágica! *(Buscando con su mano por entre las hierbas. Se oyen lastimeros gritos)*. ¡He aquí! ¡Yo reconozco sus gritos! *(Traza tres círculos con la espada que lleva en la mano y después ata un extremo de la cuerda a la raíz)*. ¡Adelante Simpsó! *(Se oyen truenos y un espantoso grito)*. ¡La mandrágora resplandeciente! *(Cae desmayada. La escena se oscurece completamente; después se esclarece un poco viéndose el perro negro fulminado en el suelo: en el otro extremo de la cuerda, atada a su cuello, está la raíz. Milena se despierta)*. Estoy aún viva, el espíritu de mi padre me ha protegido; pero noto que algo extraño late en mi corazón, ¡el abismo abierto por el olvido se llena! *(Toma la raíz apretándola contra su pecho)*. ¿Por qué no te había encontrado antes? ¡Y yo te presentía en lo más pro-

fundo de mi corazón, te presentía en los tejidos insondables de lo desconocido! ¡Palpitas; yo oigo tus latidos! ¡Mandrágora te amo, te había amado desde antes que te besara la luz de las estrellas! ¡Mandrágora, eres mi existencia, soy tu existencia! *(Se apaga la escena)*.

ESCENA SEXTA

La misma habitación de la Escena Primera. Nueve golpes de luces entre los cuales Milena aparece inclinada sobre una cuna. Después del octavo golpe de luz, cambia la posición de los personajes: Milena está sentada junto a la mesa leyendo un libro; Mandrágora, vestido con un traje de luces, sentado en el suelo con su espalda apoyada a un muro de la habitación, simula leer un libro. La gata negra aparece primero junto a la cuna y, después del último golpe de luz, sentada sobre la mesa.

MANDRÁGORA.—*(Escupiéndolo en el suelo)*. “¡Sed bien educado!”

MILENA.—Sí, debes ser bien educado, te lo repito. Esas cosas no deben hacerse.

MANDRÁGORA.—Te estás poniendo, Milena, más meticolosa que un alcalde de Ginebra. Algo tramas con-

tra mí; ya no me amas como al principio, pero sabed que al destruirme te destruirías a ti misma: yo soy hijo del líquido más puro de tu inocente padre y de las llamas de tu propio amor. (*Se levanta y la besa ardientemente*).

Afuera se oye el maullido simulado de un gato.

MILENA.—(*Levantándose*). Braka llega, reconozco la señal convenida. Cubrios con este manto y te presentaré como una pariente. (*Entra Braka*).

BRAKA.—Veo que tienes visitas.

MILENA.—Sí; es una prima que llega de países lejanos. Te la presento.

BRAKA.—Encantada. (*Se inclina a besarle la mano que le ha estirado Mandrágora, deteniéndose intempestivamente*).

MANDRÁGORA.—¡Vieja farsante! ¡Bruja de mala ley! ¡En tu vida habrás besado una mano más bella que ésta! (*La toma del vestido y le da de puntapiés*).

BRAKA.—¡Ay! ¡Ay! (*Viendo a Mandrágora que se le ha caído el manto en la agitación*). ¡Ah, es una mandrágora! (*Se sienta sofocada en la silla*). ¡Estos últimos días lo había sospechado! ¡La desaparición del perro negro... ah, reconozco la mandrágora! (*A Milena*). ¡Desde cuándo tienes a este señor mandrágora?

MILENA.—Su soplo vital ha tocado el mundo externo el Domingo 15 de Agosto de 1515 a las 5 de la madrugada.

BRAKA.—¡Vaya un ser afortunado, un ser perseguido por el número 5 y todavía nacer bajo el signo del León! ¡El nos traerá la suerte! ¡El dinero, tesoros! ¡Bravo, el dinero!

MANDRÁGORA.—Me gusta el nombre de Mandrágora; lo adoptaré como propio.

BRAKA.—¡Malos tiempos corren para llamarse Mandrágora! ¡Mala táctica la de mostrar las cartas de triunfo! ¡Menos mal que los confusionistas le atribuyen las cualidades de poder a *Mano de Gloria*. (*A Mandrágora*). Con dinero podríamos ir todos a Gante y vivir como grandes señores. ¡Tú podrías ser un soldado, un Mariscal de Campo! A tu paso por las calles, cuando montes un brioso caballo portando tu bastón de mando, hermosas mujeres te besarán con los ojos!

MANDRÁGORA.—(*Besando entusiasmado a Braka*). ¡Gran idea! ¡Me gusta el oficio de Mariscal!

BRAKA.—Para esto hay que tener dinero, mucho dinero.

MANDRÁGORA.—¡Dices dinero? ¡Aquí hay dinero, un tesoro! (*Va a un muro de la habitación y quitando una piedra deja al descubierto un cofre lleno con joyas y monedas de oro*). ¡Aquí lo tenéis! ¡Mariscal! ¡Bonita palabra!

BRAKA.—¡Y es el primer toque! ¡Yo lo administraré! ¡Vosotros los jóvenes no sabéis gastar el dinero! ¡Iremos a Gante en un lujoso coche vistiendo hermosos trajes y yo pasaré como la madre de Milena y como tía tuya, Mandrágora! ¡Partir a Gante! ¡A Gante!

TODOS.—¡Partir a Gante! ¡A Gante! ¡A Gante!

A C T O S E G U N D O

ESCENA PRIMERA

*En Gante: un salón lujosamente amobla-
do. Milena y Braka llevan hermosos vestidos.
Milena mira a través de una ventana que da
a la calle.*

BRAKA.—Algo te pasa Milena; todos estos días te he vis-
to triste y pensativa; nostálgica. Creo adivinar-
lo: has crecido; tus miembros toman formas de-
finidas, tus senos se hinchan; créedme, hija
mía, es el amor que sopla en tu oído y, a cada ins-
tante, te dice “vamos, ya es hora de casarte”.

MILENA.—¿Qué dices? ¡No comprendo!

BRAKA.—Escúchame, Milena: tú me ves ahora vieja,
arrugada; pero no te rías; yo también he sido
joven y bella como tú. En aquel tiempo yo can-
taba y bailaba: el mundo me sonreía; los hom-
bres se inclinaban ante mis deseos. Comprende,
pues, este pasajero estado de cosas: un mundo
lleno de placeres se presenta ante tus ojos; apues-
tos caballeros te ofrecerán su amor, se disputa-
rán tu mano. ¡A muchos de ellos verás sucumbir
batiéndose en duelo a causa de tu belleza!...

MILENA.—¿Es posible que yo pueda ser la causa de tan-
to daño? ¡No! ¡Prefiero huir lejos y vivir oculta
en un paraje desierto del mundo!

BRAKA.—¡Qué tonta eres! ¡Bien se vé que no sabes lo
cruel que es este mundo que habitas!

MILENA.—(Después de un silencio). Braka, debo hacer-
te una confesión: ayer, asomada a la ventana, he
visto pasar al Príncipe Carlos. Erguido sobre su

cabalgadura él iba resplandeciente de juventud, con su frente alta, llena de nobleza, pero sus ojos los he notado algo tristes; marchaba como ausente del mundo, ensimismado en sus pensamientos. De súbito todo mi ser se iluminó, mi memoria recobró su integridad y una parte de mi existencia, que había caído en el pozo del olvido, otra vez tomó cuerpo, volvió a la vida, más ardiente que nunca. ¿Cómo podía haber olvidado al Príncipe desde el instante en que nació Mandrágora? ¿Qué poderes sobrenaturales habían transferido mi amor? No puedo negarlo, he amado con todo mi corazón al hombre-raíz, algo me atrae, me seduce, pero su mal genio ¡y sus chistes picantes...! Braka, hundida mi cabeza en las manos, he llorado lágrimas amargas. Esta casa, todo lo que me rodea, se me ha hecho insoportable. ¡Gante es una ciudad aburrida! Mejor sería que nos fuésemos a vivir en una pequeña casa fuera de la ciudad: ahí, por lo menos, yo podría errar en las noches por la campiña y recoger flores! ¡Encerrada en estas cuatro paredes; una gitana encerrada en cuatro paredes! Braka, somos pájaros del bosque, aves errantes...

BRAKA.—(*Golpeando las manos con entusiasmo*). ¡Espléndido! ¡Espléndido! Pero, ¡déjate de ruegos y lloriqueos, Milena! ¡Tú debes tener este hombre! Mi plan ha sido aprobado por todos los jefes de las tribus gitanas. Tú debes tener un hijo de este hombre que heredará la mitad del mundo y, gracias a él, nosotros, todos nuestros hermanos esparcidos por el mundo, tendremos un hogar, la tierra de nuestros antepasados. Tú, Milena, entonces, habrás cumplido el sueño de tu padre, que es el de todos los gitanos.

MILENA.—¿Pero cómo se tiene un niño, Braka?

BRAKA.—Pregúntaselo a solas al Príncipe Carlos y él, de seguro, te dará la respuesta, haciéndote una demostración práctica de las fases preliminares.

MILENA.—Es preciso contarle todo esto a Mandrágora.

BRAKA.—¡Madre mía! ¡Ni una sola palabra a él! ¡No te lo perdonaría jamás! ¡El cree que tú eres su amor!

MILENA.—¡Mandrágora, mi amor! Es cierto que yo tenía hasta hoy una extraña afección por él, pero eso ya se terminó. No me explico por qué él ya no me da la idea de un ser humano.

BRAKA.—De acuerdo. Mandrágora es una raíz, pero él nos provee de dinero y con ello la ocasión de ver al Príncipe.

MILENA.—Pero eso no es ni justo ni honrado.

BRAKA.—¡Qué niñería! ¡Si se tratase de un hombre, pase; pero él es una raíz! Díme, ¿qué puede sentir una raíz, qué puede afectarle? Ni una sola palabra a Mandrágora; por el contrario, cuando le veas debes mostrarte obsequiosa y tierna con él.

Afuera se sienten los pasos y la voz de Mandrágora. También el ruido de un gran puntapié. Mandrágora viste un traje de raso negro.

MANDRÁGORA.—¡Eh, Piel-de-Oso, holgazán, a trabajar! (*Entra*) ¡Buenas noches!

BRAKA.—¡Buenos días! ¡Como siempre a ti Mandrágora, no te amanece nunca el día!

MANDRÁGORA.—¡Magnífico! ¡El bastón de Mariscal va viento en popa! Anoche me ha invitado a comer el Príncipe Carlos y me ha prometido la plaza para luego después de la muerte del viejo Fernando, y parece que éste va a estirar pronto las patas! Yo le hablé, entre brindis y brindis, de ti

Braka y sobre todo de la belleza de Milena, mi novia. ¡Yo te presentaré, Milena, en la kermesse de Buick ante las personalidades más nobles de la región! ¡Nuestro noviazgo será anunciado con trompetas! ¡Todos se inclinarán ante nosotros! Hemos convenido encontrarnos con el Príncipe el día de la kermesse en casa de Nietken, a quien ha hecho reservar dos habitaciones que deberá acomodar como se precisa al rango del Archiduque Carlos y al nuestro. Parece que al Príncipe le tiene medio trastornado una bella desconocida, pues no hace más que hablar de ella, de su dulzura, de su singular belleza. ¡Extravagancias de príncipe! ¡Preparémonos, pues, para la kermesse de Buick! ¡Mi noviazgo! ¡Mi bastón de mando!

ESCENA SEGUNDA

En la ciudad de Buick. Dos habitaciones contiguas y comunicadas entre sí por una puerta; ambas tienen acceso, separadamente, por el fondo. En una de ellas aparece Milena con Braka y, en la otra, el Príncipe Carlos con Cenrio. Milena está recostada en un sofá.

PRÍNCIPE CARLOS.—He sentido voces de mujer en la habitación del lado; seguramente han de ser la novia de Mandrágora y su madre. Cenrio, vé a bus-

car un instrumento para hacer un agujero en la puerta. (*Sale Cenrio, regresando en seguida con un taladro*).

CENRIO.—(*Pasándole el taladro*). ¡He aquí!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Magnífico! (*Empieza a hacer el agujero suavemente y, una vez hecho, mira a través de él; después retrocede espantado*). ¡Cenrio, estamos en manos de poderosos genios! ¡Es preciso huir, pero ella es de tal manera hermosa que no podría hacerlo!

CENRIO.—(*Estupefacto*). ¿Cómo decís, señor?

PRÍNCIPE CARLOS.—Es el mismo fantasma que ví la noche que pasé en la casa abandonada cerca de Gante, ¿recuerdas?, pero con la diferencia que ahora sus formas etéreas han tomado los contornos de un ser humano. ¡Indícadme, Cenrio, un medio que me permita hablarle y se lo diré todo!

CENRIO.—Tranquilizáos, señor. Se me ocurre el siguiente plan: la joven debe estar fatigada e indispuesta con el viaje. Pues bien, os haréis pasar por médico y, de esta manera, os quedaréis sólo con ella; le tomaréis el pulso y entonces... entonces las palabras os brotarán como un río. La vieja Nietken, entre las cosas usadas que vende, debe tener algún traje de médico. Iré a pedirselo. (*Sale*).

Entra Nietken con un traje negro de médico.

NIETKEN.—Vamos, probáos éste, señor. (*El Príncipe se pone el traje*).

PRÍNCIPE CARLOS.—Ahora conducidme hasta la habitación del lado. ¡No olvidéis, soy médico!

Nietken golpea la puerta de la habitación contigua.

BRAKA.—¡Entrad! (*El Príncipe y Nietken entran*).

NIETKEN.—Os presento al doctor español Julio Vargas: él atenderá a la enferma. (A Braka). Es necesario sí, que les dejéis solos. (Braka se va a la habitación del lado; Nietken sale por la puerta del fondo).

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Dadme vuestro brazo! ¡Os tomaré el pulso! (Ensimismado). ¡Sí, es el mismo fantasma... el mismo fantasma...! (Le toma la mano a Milena y le desliza un anillo en su dedo).

Mandrágora entra completamente ebrio, sostenido por dos hombres-de-la-calle.

MANDRÁGORA.—¡El Príncipe no ha venido a la kermesse de Buick! ¡Todo el mundo se ha quedado con los discursos hechos! ¡Ja! ¡Ja! ¡Tengan en cuenta ustedes que sostienen a un Mariscal de Campo! ¡Mi regimiento! ¡Mis soldados! ¿Dónde está mi bastón de mando?

HOMBRE-DE-LA-CALLE 1º—(Al Príncipe). ¡El está enfermo!

HOMBRE-DE-LA-CALLE 2º—(A Mandrágora). ¡Estás pálido! ¡Tal vez entre la muchedumbre has pescado la peste! ¡Ocurrísete beber con todo el mundo!

MANDRÁGORA.—(Que no se ha apercebido de la presencia de Milena ni del Príncipe). ¡Ay! ¡Todo gira en torno mío! ¡Todo se me hace obscuridad! ¡No veo nada! ¡Me muero!

HOMBRE-DE-LA-CALLE 1º—¡Acostémosle en la habitación del lado! (Salen).

PRÍNCIPE CARLOS.—(A Milena). ¿Os sentís bien ahora bella dama?

MILENA.—Lo que me preocupa es la suerte de Mandrágora. ¡El estaba tan pálido!

PRÍNCIPE CARLOS.—(Con ironía). ¿Es que él es vuestro novio?

MILENA.—(Haciéndole un signo al Príncipe de quitarse su traje de médico. Una vez hecho, le mira fijamente con ternura). ¡Señor!... Mi matrimonio con Mandrágora no depende de mi voluntad sino de las órdenes e intenciones de mi madre.

PRÍNCIPE CARLOS.—¿Es posible que sacrificuéis vuestra belleza y vuestra dicha por los caprichos de una madre?

MILENA.—¡Es que todo se lo debemos a mi primo Mandrágora!

PRÍNCIPE CARLOS.—Os aseguro, bella dama, que si vuestro marido llega a causaros cualquier pena, él recibirá un severo castigo de mi parte.

MILENA.—(Lanzándose entre sollozos a los pies del Príncipe). ¡Señor! ¡Señor! ¡En nombre de mi amor, yo os suplico, no me despreciéis si os he engañado! ¡Yo no soy la hija de esta vieja... Yo soy hija de...!

Entran los dos Hombres-de-la-calle, interrumpiendo.

HOMBRE-DE-LA-CALLE 1º—¡El desgraciado se cree enfermo de muerte!

PRÍNCIPE CARLOS.—(Malhumorado). ¡Buena cosa! (Se retira. Milena también sale sin decir palabra).

HOMBRES-DE-LA-CALLE.—(Encogiendo los hombros). ¡Ni más ni menos! ¡Y qué nos importa a nosotros todo esto! (Salen y la escena se oscurece en esta habitación).

En la habitación del lado.

PIEL-DE-OSO.—¡Braka! ¡Braka! ¡Mandrágora se está muriendo!

(Entra Braka).

BRAKA.—¿Qué sucede?

MANDRÁGORA.—(*Recostado en un sofá*). La peste me consume. ¡Ay, mi cabeza!

(*Entra Milena*).

MILENA.—¡Qué pálido está!

MANDRÁGORA.—¡Id pronto a buscar el médico que me reconoció la peste!

BRAKA.—No os inquietéis; esto no es nada. ¡Unas cuantas hierbas y un poco de agua caliente me bastarán para sanarte!

MANDRÁGORA.—¡Id pronto por el médico que os he dicho! ¡Me muero de calor, abrid esa puerta!

BRAKA.—Imposible. Esa puerta está cerrada con llave y en la habitación se encuentra el Príncipe.

MANDRÁGORA.—(*Incorporándose*). ¡El Príncipe has dicho? ¡El Príncipe! ¡Y pensar que no le podré hablar de mi plaza de Mariscal! ¡Venirme a enfermar! (*Cae de nuevo sobre el sofá*).

FIEL-DE-OSO.—Braka, el médico que dice Mandrágora.

BRAKA.—Bien, iré por él. ¡Nietken! (*Habla con ella en voz baja. Se oscurece la escena en esta habitación*).

En la habitación contigua.

NIETKEN.—Señor, os ruego que representéis de nuevo el papel de médico.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Amenazándola con un puñal*). ¡Ah, vieja maldita! Ahora me diréis quiénes son todos estos extranjeros si queréis conservar la vida! ¡Y cuidado con mentir!

NIETKEN.—(*Temblando*). Lo que sé, señor, es que Braka es una vieja gitana, amiga mía desde hace largo tiempo. Creo que Milena no es hija suya; tal vez sea hija de algún noble, por el respeto con que le habla Braka. Yo les he conducido a Gante. Ellos

gastan mucho dinero y se entienden, entre sí, en un idioma que parece ser el francés. Es todo lo que sé, mi señor.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Calmándose*). Está bien. Está bien. Seguramente ella debe ser una princesa de Francia.

CENRIO.—Es mejor que hagáis de nuevo las veces de médico, señor.

ADRIÁN.—Así os lo aconsejamos, señor.

PRÍNCIPE CARLOS.—Bien; así lo haré. (*Se oscurece la escena en esta habitación*).

En la habitación del lado.

PRÍNCIPE CARLOS.—¡A ver mi enfermito cómo está! ¡Qué os duele? ¡Qué enfermedad creéis tener?

MANDRÁGORA.—¡Ay, doctor, mi cabeza es una bola de fuego; el hígado parece que me lo hubieran pisoteado; para qué hablar de los vómitos que he tenido; todos los muebles de la habitación los veo girar, pegarse al techo y, qué de espinillas! ¡Doctor, yo creo que es la peste, sin duda la peste!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Con tono solemne y doctoral*). Los síntomas son claros y precisos. ¡Es la peste, sin duda la peste!

MANDRÁGORA.—¡Ay, doctor, si yo muriese el mundo no conocería jamás los esplendores y las hazañas de un gran soldado! ¡Es necesario que yo viva! ¡Debéis curarme! En la habitación del lado me espera el Príncipe Carlos: él me comunicará tal vez mi nombramiento de Mariscal. ¡Me entregará mi bastón de mando!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Calmáos, calmáos! (*A Braka*). Respectable dama, ¿qué le habéis dado al enfermo?

BRAKA.—Tisana de natre.

PRÍNCIPE CARLOS.—Muy bien, muy bien. ¡Repetíde la

dosis! ¡Y sobre todo no olvidéis de cubrirle bien con mantas!

MANDRÁGORA.—¡No! ¡No! ¡Esa tisana es una asquerosidad! ¡No! ¡No! ¡Hace mucho calor!

PRÍNCIPE CARLOS.—Es bueno para la peste, es bueno para la peste.

(Braka y Piel-de-oso cubren a Mandrágora con mantas y salen).

PRÍNCIPE CARLOS.—*(Postrándose de rodillas ante Milena).* Dulce amada mía, mi bella Milena, nada os he creído de todo eso que habéis pensado que era vuestro deber contarme, llevada por las exigencias de la política; pero yo os suplico, mi adorada Milena, que me déis seguridad de vuestro amor; os suplico que no engañéis vuestro corazón ni el mío.

MILENA.—*(Con voz temblante).* Señor, mi amor os pertenece; yo os amo desde hace tanto tiempo; vuestra presencia no hace más que reavivar mi amor; confieso mi origen y si os he engañado una vez ésa es la primera y también ella será la última.

(El Príncipe va a besar a Milena en los labios cuando es interrumpido por Mandrágora que empieza a moverse).

MANDRÁGORA.—¡Me duele el estómago! ¡Uf! ¡Qué calor!

PRÍNCIPE CARLOS.—*(Con disgusto).* ¡Otra vez interrupción! Tranquilizáos: os enviaré calmante. *(Sale y se va a la habitación contigua, espionando a Milena por el agujero abierto anteriormente en la puerta).*

MANDRÁGORA.—*(Tomándole la mano a Milena y besándosela).* Dejar esta vida, este mundo y transfor-

marme en materia inerte he aquí una cosa, mi bella Milena, que no me atemoriza; pero dejaros sola, abandonada a las tormentas de los hombres, ¡ay! eso sí que me angustia y me mata. ¡Nunca os dejaré mi adorada Milena! Obtendré mi plaza de Mariscal y nos casaremos. *(Le besa repetidamente las manos).*

MILENA.—*(Besando tiernamente a Mandrágora en la frente).* ¡Oh, Mandrágora, mi señor, mi Mariscal! *(Mandrágora se levanta y empieza a girar por la habitación en forma delirante).*

MANDRÁGORA.—¡Mariscal de Campo! ¡Mi bastón de mando! ¡Conduciré miles de soldados a través de los puntos más apartados de la tierra; invadiré sus territorios, tendré miles de vasallos; repartiré el botín de guerra después de cada una de las acciones; por mucho tiempo se hablará de mis hazañas y de mis victorias guerreras! ¡Devastaré las ciudades enemigas!

MILENA.—Pero causaréis mucho daño con todo eso.

MANDRÁGORA.—¡Causar daño! ¡No, Milena, lo que siento no son los miles de imbéciles que mueren en cada una de las acciones sino las ciudades que se destruyen! ¡Acaso no sabéis que hay gentes cuyas almas son más pequeñas que una cagadura de mosca? Pero no perdamos tiempo, Milena. ¡Iré de inmediato a hablarle al Príncipe de mi plaza! ¡Mariscal de Campo! ¡Mi bastón de mando!

Entra Braka trayendo la tisana.

BRACA.—Vuestra tisana, Mandrágora.

MANDRÁGORA.—¡Idos al diablo con esa bebida! ¡Mariscal de Campo! ¡Mi bastón de mando! *(Sale obscuriéndose la escena).*

En la habitación contigua. Entra Mandrágora lleno de entusiasmo.

MANDRÁGORA.—¡Salud, don Carlitos! ¡Mi viejito, ¿qué tal va mi plaza de Mariscal?

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Furioso*). ¡Fuera de aquí inmunda raíz! ¿Desde cuándo me tratáis con tanta confianza? ¡Fuera!

MANDRÁGORA.—¿Ya olvidasteis, señor, que la noche de los brindis largos me pedisteis vos mismo que os llamara "Don Carlitos", "mi viejito"?

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Fuera de aquí, farsante! ¡Hijo de escupo! ¡Miserable raíz! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí lágrima de ahorcado!

MANDRÁGORA.—(*Antes de retirarse*). ¿Quién os dijo todo eso? (*Sale*).

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Engañado por segunda vez y por una inmunda raíz! ¡Me vengaré! ¡Ardo de celos! ¡Me vengaré! (*Se apaga la escena en esta habitación*).

En la habitación del lado. Entra Mandrágora.

MANDRÁGORA.—¡Uf!

BRAKA.—¿Cómo os ha ido con el Príncipe?

MANDRÁGORA.—No lo encontré. Es necesario partir de este lugar cuanto antes. ¡La peste nos amenaza!

BRAKA.—¡Tomad este elixir! Os hará bien para la salud. (*Mandrágora lo bebe*).

MANDRÁGORA.—(*Colérico*). ¡No haberle respondido a ese pretencioso! ¡Pelo de zanahoria! ¡Cochino! ¡Me vengaré! ¡Me vengaré!

(*Se obscurece la escena*).

ESCENA TERCERA

Un claro de bosque. Milena está vestida con un largo traje de tul blanco; sus cabellos están adornados con flores silvestres. En sus manos lleva un puñal. Es de noche.

MILENA.—La ausencia de mi amado me quita instante tras instante la vida; jamás hubiese pensado que un deseo fuese capaz de sustraernos de todo lo que nos rodea. Es cierto que yo había escuchado a Mandrágora decir —¿qué no le he escuchado decir a Mandrágora!— que el que se despoja de todo deseo nunca más habrá de renacer, ¿es el deseo, pues, quién nos da la eternidad? Es probable. Pero hoy me es evidente que no podría seguir viviendo si no viese de nuevo a mi amado. ¿Diré aquí Mandrágora o Príncipe Carlos?... ¡Ay! no lo sé; todo se me hace confuso. ¡Ardiente deseo, ayúdame en esta nueva prueba de mi corazón!... Empezaré por trazar los círculos mágicos (*traza dos en el suelo*) y ahora, como reza el ritual, el

POEMA-SORTILEGIO

Estrella errante que cortas el mundo invisible ve por
mi amado
Búscales en la noche, búscale en el día
Sujétale con ligaduras de eternidad
Haz que su corazón se contamine con mi ardiente deseo
Que su lágrima sea mi lágrima
Que su luz sea mi luz
Cautívale, solitaria de la noche, en el círculo ígneo
Yo os conjuro, mi estrellita errante, que vayas en busca
de mi amado
Me lo traigas y lo pongas, lo pongas
En este círculo que soy yo misma.

(Clava el puñal en el suelo. Se sienten voces y una música).

¡Ah! reconozco esas voces, reconozco esa música; son mis hermanos gitanos en su eterna peregrinación. Me esconderé entre los árboles, aguardando los poderes mágicos del sortilegio. (Sale por entre los árboles).

Entran gitanos, músicos, bailarinas. Gran algazara.

GITANO 1º—Nuestro rey Mandrágora nos hará justicia.

GITANO 2º—Nuestro rey Mandrágora curará a los enfermos.

GITANO 3º—Mandrágora presidirá nuestra fiesta; él comerá del niglo. (1).

TODOS.—¡Mandrágora! ¡Mandrágora!

Entra Mandrágora acompañado de Abracadabra y de Sortilegio.

MANDRÁGORA.—(Lanzando un puñado de monedas al aire). ¡Buenas noches, hermanos gitanos!

ABRACADABRA.—(Aparte a Sortilegio). El cree que todavía asiste a un bautizo.

SORTILEGIO.—(Aparte). Por lo de "noches" acertó a mear el buey en la calabaza.

GITANO 1º—Hoy tenéis trabajo y fiesta, señor Mandrágora: debéis primero ver a los enfermos y después administrar justicia.

MANDRÁGORA.—¡Magnífico! Que pasen los enfermos.

Entra el Príncipe Carlos acompañado de Cenrio y Adrián.

(1) Niglo. Plato nacional de los gitanos y que preparan sobre la base del erizo de tierra.

TODOS.—¡El Archiduque Carlos!

ABRACADABRA.—En buena hora hemos visto al mirlo en el bosque.

MANDRÁGORA.—(Adelantándose). Señor don Carlos, mi pueblo os da la bienvenida.

PRÍNCIPE CARLOS.—Más vale din que don, Mandrágora.

MANDRÁGORA.—Llegáis, señor, a la hora oportuna, a la hora en que, como rey de los gitanos, debo demostrar mi sabiduría como médico y como juez. ¡Tomad asiento! (Se sientan sobre el tronco de un árbol derribado. Mandrágora junto al Príncipe Carlos: al lado del primero, Abracadabra y Sortilegio; al lado del Príncipe Carlos, Cenrio y Adrián). ¡Vamos Abra-la-cabra... La-cabra-Braka... tenéis nombre difícil mi lugarteniente...! ¡Llamad al primer enfermo!

ABRACADABRA.—Cada pajarito tiene su higadito, señor Mandrágora, y yo me llamo Abracadabra. ¡Que pase el primer enfermo!

ENFERMO 1º.—(Adelantándose). Señor Mandrágora, me muero del dolor de estómago!

PRÍNCIPE CARLOS.—(Aparte a Cenrio). La calidad del tordo: el pico largo y el culo gordo.

MANDRÁGORA.—Los síntomas son claros y precisos, tenéis dolor de estómago. Poned un hilo encarnado en un vaso de agua y en seguida bebed esa misma agua. ¡El que sigue!

ENFERMO 1º.—(Retirándose). Mil gracias, mi señor Mandrágora.

ENFERMO 2º.—(Avanza un gitano viejo con un niño en los brazos). Extraño mal sufre el niño, mi señor Mandrágora. ¡"Mal de ojo"!

MANDRÁGORA.—¡Culebras!

TODOS-LOS-GITANOS.—¡Lagarto! ¡Lagarto!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte a Cenrio*). No es nada lo del ojo...

CENRIO.—...y lo tenía en la mano.

MANDRÁGORA.—Síntomas indiscutibles: ¡“Mal de ojo”! Le daréis “agua de alicornio”. He aquí la receta para prepararla: raspad el asta de un ciervo y sobre estas raspaduras verted agua; recogedlas y verter de nuevo agua sobre ellas, repitiendo la operación de una manera continua durante 99 veces y mientras pronunciáis 300 veces el nombre de mi lugarteniente. (*Le toma el brazo a Abracadabra*). Si las burbujas del agua de alicornio han tomado el tamaño de un ojo de buey, es señal de que la medicina está en su punto para curar el “Mal de ojo”. ¡El siguiente!

ABRACADABRA.—¡Abracadabra es el salmo!

ENFERMO 2º—(*Retirándose*). ¡Que Sara la Negra os lo pague, mi señor Mandrágora!

ENFERMO 3º—El sol se me ha metido en la cabeza, señor: dicen que esto se llama insolación.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte a Cenrio*). Mostacho gacho, señal de borracho.

MANDRÁGORA.—¡Sin duda alguna, insolación! ¿Qué recetarías tú, Sortilegio?

SORTILEGIO.—¡Un sortilegio!

MANDRÁGORA.—¡No! (*Al enfermo*). Tienes que sacarte el sol de la cabeza y para esto, toma un vaso lleno de agua, cúbrelo con una servilleta de un tejido bien tupido, haz que te lo coloquen invertido sobre la cabeza, mientras permaneces al sol. Verás, al poco rato, mi amigo, cómo el agua empieza a hervir y cómo el sol te abandona. ¡Otro!

ENFERMO 3º—Sabia es tu medicina, Mandrágora. Mil gracias.

ENFERMO 4º—Mi mal es grave, señor: tengo el brazo izquierdo paralizado.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte*). Al buey maldito el pelo le reluce.

MANDRÁGORA.—A ver Braka... digo Abracadabra, ¿qué remedio le daríais?

ABRACADABRA.—Sortilegio.

SORTILEGIO.—¿Qué? Yo no he dicho nada. ¡Ah! Sortilegio.

MANDRÁGORA.—Bien; sortilegio de “mano de ángel”. (*Al enfermo*). Haréis que en la noche, estando arrodillado con un cirio en la mano, se os pase tres veces la palma de la mano derecha de un niño recién muerto, sobre vuestro brazo izquierdo completamente desnudo y pronunciando, al mismo tiempo, el nombre de mi amigo... Braka... Braka...

ABRACADABRA.—¡Abracadabra, señor!

MANDRÁGORA.—¡Eso es, Abracadabra! ¡Qué pase el último!

ENFERMO 4º—“Mano de ángel”... gracias, señor. (*Se retira*).

ENFERMO 5º—Mi salud es excelente; soy el más fuerte de la tribu... Nada grave, señor: sólo unas verrugas.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte*). Alábate, mierda, que el río te lleva.

MANDRÁGORA.—Síntomas claros y precisos, tenéis verrugas. Fácil, muy fácil. Cuando veáis a alguien montado en un mulo, gritadle: “Tío del mulo, tío del mulo, que mis verruguitas se trasladen a tu culo” y echaréis a correr sin tornar la cabeza cualquiera que sean los insultos que os lance el del mulo.

ENFERMO 5º—(*Retirándose*). Gracias, señor.

MANDRÁGORA.—(*Al Príncipe Carlos*). Y para dar término a la sesión medicinal, tened, Príncipe, este pa-

pelillo de "polvos para olvidar". Puede que os sean necesarios. (*Le pasa un papelillo*).

PRÍNCIPE CARLOS.—Mi gozo en un pozo.

MANDRÁGORA.—Bien; ahora empezaremos a administrar justicia. Sortilegio, llamad al "Consejo de los Ancianos con Gorro de cuero de Conejo", los inefables "SIS". (*Se levanta Sortilegio volviendo con siete ancianos con gorro de cuero de conejo*). ¿Estáis presente miembros del Consejo de los Ancianos con Gorro de cuero de Conejo?

CONSEJO-DE-LOS-ANCIANOS-CON-GORRO-DE-CUERO-DE-CONEJO.—¡Sís! (*Se sientan permaneciendo inmóviles como estatuas, con sus cabezas inclinadas, todas hacia el mismo lado*).

MANDRÁGORA.—Pasad al primer acusado.

(*Se adelanta un gitano con el acusado*).

GITANO 1º—Se le acusa de haber violado las leyes gitanas de la hospitalidad. En efecto, señor Mandrágora, el acusado hospedó en su tienda a un viajero extenuado por la fatiga y, aprovechando el sueño que le sobrevino después de haber comido, le robó su dinero.

MANDRÁGORA.—¿Qué tenéis que decir, acusado, en descargo de la acusación que se os hace?

LADRÓN.—La bolsa del extranjero era muy tentadora y él parecía rico, señor Mandrágora. Llevado a los tribunales nada pudo comprobarme el extranjero; luego, cansado de que apenas se comprendiera su idioma, se desistió de la reclamación. Vedme, pues, libre del peso de la dura ley de Gante.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte*). Cara de beato, uñas de gato.

MANDRÁGORA.—Acusado, habéis violado gravemente las leyes gitanas de la hospitalidad y, en consideración

a que obra en vuestro favor la circunstancia atenuante de haberos logrado sustraer a la justicia ordinaria —bien ordinaria, creédmelo—, os condeno a entregar el dinero robado al fondo común de los gitanos, debiendo, además, bañaros una vez al mes por todo el tiempo que resta del año. Miembros del Consejo de los Ancianos con Gorro de cuero de Conejo, ¿aprobáis la sentencia que he pronunciado?

CONSEJO-DE-LOS-ANCIANOS-CON-GORRO-DE-CUERO-DE-CONEJO.—(*Tornando la cabeza en sentido contrario y quedándose nuevamente extáticos*). ¡Sís!

MANDRÁGORA.—¡El siguiente acusado!

(*Se adelanta el Gitano 1º con el Acusado 2º*).

GITANO 1º—Se le acusa de haber dado muerte en duelo con puñal a uno de nuestros hermanos.

ASESINO.—¡Mi contrincante aceptó el combate!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte*). Por la uña se conoce al león.

MANDRÁGORA.—¡Absuelto! ¡Absuelto! Como medida preventiva, ¡huid! ¡Miembros del Consejo de los Ancianos con Gorro de cuero de Conejo!, ¿aprobáis la sentencia pronunciada?

CONSEJO-DE-LOS-ANCIANOS-CON-GORRO-DE-CUERO-DE-CONEJO.—(*Tornando la cabeza en sentido inverso del que anteriormente lo han hecho y permaneciendo de nuevo extáticos*). ¡Sís!

MANDRÁGORA.—El último acusado, para después comenzar la fiesta.

(*Se adelanta de nuevo el Gitano 1º con el Acusado 3º, que es una gitana*).

GITANO 1º—Acusada de robarle el amor de marido a una de nuestras hermanas por medio de brujerías.

CENRIO.—(*Aparte al Príncipe Carlos*). Adónde el corazón camina, el pie se inclina.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte a Cenrio*). Evidentemente, más pueden dos tetas que cien carretas.

MANDRÁGORA.—(*Guiñándole el ojo a la acusada*). ¿Qué tenéis que agregar, bella acusada?

ADÚLTERA.—Nada más que estoy ardiendo de amor.

MANDRÁGORA.—Considerando que en el amor todo está permitido y, a mayor abundamiento, que todos podemos ser picados por este dulce gusanillo que se llama amor (*le vuelve a guiñar el ojo a la gitana, quien le responde en la misma forma*) te absuelvo de toda acusación. (*Dirigiéndose al Consejo de los Ancianos con Gorro de cuero de Conejo*). ¿Qué dicen los "Sís"?

CONSEJO-DE-LOS-ANCIANOS-CON-GORRO-DE-CUERO-DE-CONEJO.—(*Tornando la cabeza como anteriormente*). ¡Sís!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte a Cenrio*). Para ser un principiante, Mandrágora no lo hace tan mal.

MANDRÁGORA.—¡Y ahora, cumplidas mis funciones de rey, que comience la fiesta!

Música, danzas, algazara general.

CANCION DEL GITANO HIPNOTIZADOR DE GALLINAS

Mientras mis hermanos van de Este a Oeste y de Norte a Sur

Yo sigo las aves con mi vista
Ellas vienen, ellas vienen
Cuando yo les digo muy dulcemente
Venid, venid gallinitas que os quiero comer.

El canto del gallo es el canto del cisne de las tinieblas
Entonces las avecitas empiezan a inquietarse en el corral.
Algo las seduce, algo las encanta
Cuando, al hacer girar mis manos, les digo al oído
Venid, venid gallinitas que os quiero comer.

Mis hermanos van, mis hermanos vienen
Ellos aman los cielos inquietantes, los torrentes de lo desconocido

Pero yo prefiero permanecer, entretenerme con las avecitas

Cuando yo les digo espiritualmente al oído
Venid, venid gallinitas que os quiero comer.

Una gitana se adelanta y canta la

CANCION DE LA GITANA COMPLACIENTE

De uno a otro yo descubro el placer
Lo veo levantarse como un astro en el cielo
Me baño con su luz
Y entonces yo también resplandezco.

Un deseo desencadena otro deseo
Un amor es un amor
Vos lo sabéis
La nube forma parte del rayo.

Cada mañana despierto en un lugar desconocido
Todos mis hermanos lo saben
Sabén que las algas del instinto me embellecen
Y ellos me besan haciéndose la ilusión
Que soy la mañana que soy la tarde que soy la noche.

De uno a otro yo descubro el placer
Bañándome en su aguas soy múltiple
Caigo en éxtasis
Y entonces queridos hermanos hermanos errantes
Yo resplandezco.

Los gitanos aplauden.

TODOS.—¡Viva el Príncipe Carlos! ¡Viva Mandrágora, rey de gitanos!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Aparte a Cenrio, irónicamente*).
¡Flores y más flores para el Mariscal!

MANDRÁGORA.—(*Paseándose agitadamente*). ¿Qué decís, señor? ¡Mariscal de Campo! ¡Mover ejércitos! ¡Invadir territorios! ¡Mi bastón de mando! ¡Mariscal! Mariscal de Campo!

A C T O T E R C E R O

ESCENA PRIMERA

La escena se desarrolla en el interior de la barraca de un mago judío. Al fondo, y sobresaliendo, un pequeño gabinete en el cual hay un gran espejo: el acceso a este gabinete está separado por cortinas negras, frente a las que hay una mesa sobre la cual se apoya una linterna mágica. Tanto a la izquierda como a la derecha de este gabinete hay puertas de acceso.

PRÍNCIPE CARLOS.—Debéis hacer el *doble* de la joven que no tardará en llegar. Toda vuestra maestría debe desplegarse en esta obra: deseo que ella sea exactamente igual al modelo viviente.

MAGO.—No temáis, señor, de la similitud que yo sabré conseguirla fácilmente; pero os prevengo que estos *golems* son en extremo peligrosos. Algunas veces crecen de tal manera que se hace muy difícil deshacerse de ellos. Os daré, señor, algunas instrucciones que deberán cumplirse para la realización de la obra: la joven, cuyo golem voy a hacer, es necesario que permanezca frente a estas cortinas, que yo me encargaré de entreabrir desde el interior del gabinete, para que así el espejo capte su imagen y sus pensamientos. Os prevengo también, señor, que en la frente de la golem encontraréis escrita la palabra "AEMAETH", que significa *Verdad* y, cuando queráis desembarazaros de ella bastará con que borréis la primera sílaba "AE", de manera que quede solamente escrita la pa-

labra "MAETH", que debe traducirse por *Muerte*, pues cuando así lo hagáis, la golem se convertirá en el montón de arcilla que se encuentra en el interior de ese gabinete. Cuidáos, señor, al hacer esto que no os sobrevenga algún accidente, como el de que la arcilla caiga sobre vos mismo.

Entra Cenrio con Mandrágora, Milena, Braka y Piel-de-Oso.

PRÍNCIPE CARLOS.—Ya os he visto, Mandrágora, cumplir con vuestras obligaciones de rey de gitanos y sabiendo que os gustaría ver desfilar las más extrañas ciudades del mundo entero, los rostros más deslumbrantes, los soldados más fuertes que vigilan y defienden los pueblos, es que os he llamado: todo eso lo veréis en la linterna mágica que tenéis ahí.

MANDRÁGORA.—Os agradezco, señor, con todo mi corazón. Bien sabéis la atracción que siento por las ciudades, por lo desconocido. ¡Imagináos, señor, mi alegría cuando Cenrio me dijo que vería desfilar soldados del mundo entero! ¡Mandar ejércitos, Ma...! Señor, he aquí mis amigos; he aquí la amada de mi corazón, mi amada novia... Señor, ardo en deseos de ver esa linterna mágica!...

(Primero, Cenrio invita galantemente a Milena a mirar a través de la linterna y luego después, a Mandrágora, quien permanece largo rato absorbido y poseído por el entusiasmo. Braka se sienta en una silla ubicada al lado derecho del gabinete; Milena y el Príncipe Carlos hablan aparte junto a las cortinas. Cenrio y el Mago han entrado en el gabinete mágico).

PRÍNCIPE CARLOS.—¿Es posible, Milena, que hubieses ju-

gado con mi amor con el solo propósito de conseguir una plaza de capitán a vuestro amigo Mandrágora? No, Milena, en el verdadero amor no se permiten tales miserias.

MILENA.—*(Sollozando)*. No, señor; yo jamás he pensado engañaros, jamás sentimientos mezquinos han asomado a las puertas de mi corazón. Sí, mi amor es verdadero, mi amor es profundo, bien que un ardiente deseo me dice que debo tener un hijo que debe dar gloria y libertad a mi pueblo...

MANDRÁGORA.—*(Entusiasmado)*. ¡Magnífico! ¡Bella ciudad para conquistarla!

PRÍNCIPE CARLOS.—*(Embarazado con las expresiones de Milena)*. Mis obligaciones políticas no me lo impiden, hermosa Milena, y trataré de daros satisfacción en vuestros deseos... *(Salen por la puerta de la derecha)*.

MANDRÁGORA.—¡Soldados con casacas rojas! ¡Esto sí que es magnífico: la sangre de sus heridas se confundirá con el color rojo! ¡Qué manera de engañar al enemigo!

(Se recorren las cortinas del gabinete mágico y aparece el Mago, junto a Cenrio, dando término al golem de Milena).

CENRIO.—¡La similitud con Milena es extraordinaria! ¡Qué maravilla!

MAGO.—*(Soplando sobre los ojos de Milena-Golem)*. Ella entrará a la vida en los momentos en que termine de escribir sobre su frente la palabra mágica "AEMAETH". *(Al terminar de escribir los cabellos caen sobre los hombros de Milena-Golem)*. ¡Ya está! *(El Mago y Cenrio la besan en la mejilla)*.

MANDRÁGORA.—¡Milena, ciudades fortificadas, con torres

y minaretes! (*Cenrio y el Mago ponen la mano de Milena-Golem en el brazo de Mandrágora y salen. Ni Braka ni Mandrágora han notado el cambio*).

Entra Piel-de-Oso completamente ebrio.

PIEL-DE-OSO.—(*Señalando a Braka*). Es esta vieja quien me ha puesto así; ella me ha contado que quería poner en relación al Príncipe Carlos con Milena.

MILENA-GOLEM.—(*Desprendiéndose del brazo de Mandrágora*). Un ardiente deseo me dice que debo tener un hijo que debe dar gloria y la libertad a mi pueblo.

MANDRÁGORA.—(*Furioso*). ¿Entonces, tú le amas, Milena?

MILENA-GOLEM.—Sí; mi amor es verdadero, mi amor es profundo.

MANDRÁGORA.—¡Ay! mejor hubiera sido que nunca conociera la vida de los seres humanos, que nunca hubiera participado de sus sentimientos; así yo no habría conocido sus mezquindades, las miserias humanas; así yo no habría sido golpeado por tus repugnantes acciones; sí, mejor hubiera sido que permaneciera inmóvil, unido a la tierra con pesadas cadenas de cielo; ahí, por lo menos, cada noche recibía el beso generoso de las estrellas y no sabía lo que era el dolor. ¡Cuán feliz era en mi estado de planta! Milena, no te das cuenta del daño que has hecho con tus artes infernales. Quieres ahora alejarte de mí; matarme; pero, ¡ay!, no lo conseguirás. ¡No olvides que mi amor es como tener pólvora en la mano: protejo a los amigos; pero ¡ay! aniquilo también al enemigo! Sí, te seguiré mientras vivas como el alma sigue al cuerpo, como la pesadilla al durmiente. Descubriré tesoros que servirán para satisfacer tus frívolos de-

seos, pero que te envenenarán. Tu vida está tan estrechamente ligada a la mía, que si yo muriese tú desaparecerías. ¡Tomad el peso a tus abominables acciones, Milena!

MILENA-GOLEM.—No, señor; yo jamás he pensado engañaros, jamás sentimientos mezquinos han asomado a las puertas de mi corazón; sí, mi amor es verdadero...

MANDRÁGORA.—¿Qué no pensabas engañarme? ¡Quién sabe si esta misma reunión no estaba destinada a traicionarme! ¿Qué no me engañas? ¡Pues, dadme una prueba de tu amor! Ahora mismo dejaremos este lugar infecto, recogeremos nuestras cosas en casa de Nietken y en el camino a Gante encontraremos alguna aldea donde nuestro matrimonio sea bendecido y entraremos a Gante casados! Después nos iremos a Francia, cuyo rey sabrá reconocer mis dotes militares y me dará una plaza de Mariscal. ¡Seréis la mujer de un Mariscal de Francia! (*Milena-Golem asiente con la vista*).

BRAKA.—Pero...

MANDRÁGORA.—(*Amenazándola con la espada*). ¡Callaos! ¡En marcha! (*Dándole un puntapié a Piel-de-oso*). ¡A hacer las valijas, holgazán! (*Salen*).

Entra el Príncipe Carlos portando a Milena dormida en los brazos.

PRÍNCIPE CARLOS.—Duerme, amor mío, duerme tranquila; que sueños maravillosos y llenos de gloria iluminen tus sienes; yo bien sabré conducirte hasta tu lecho. (*Sale por la puerta de la izquierda*).

ESCENA SEGUNDA

Las mismas habitaciones de la Escena Segunda del Acto anterior. Es de noche. Milena duerme sobre el lecho del Príncipe Carlos, mientras éste la contempla.

PRÍNCIPE CARLOS.—Eres más hermosa, mi amada, que las mismas estrellas.

MILENA.—(Despertando). ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué va a pasar?

PRÍNCIPE CARLOS.—Ahora estás en casa de Nietken, mi amada, y dormías junto a mi corazón. ¡Jamás volveremos a separarnos!

MILENA.—¿Es verdad? ¡Cuán feliz me hacéis, señor!
(Se levantan y van hacia la ventana).

PRÍNCIPE CARLOS.—¿Seríais capaz de romper vuestro noviazgo con Mandrágora? ¿Cómo lo haréis?

MILENA.—¿No sabéis acaso, señor, que ya os pertenezco? ¿No sabéis que debo tener de vos un hijo que habrá de reunir a todos nuestros hermanos y conducirlos hasta las riberas del Nilo?

PRÍNCIPE CARLOS.—¿Decídme, pues, bella Milena, a qué pueblo pertenecéis? ¿Qué rango tenéis? No me ocultéis la verdad que, cualquiera que ella sea, yo siempre os trataré como una princesa. ¡Para mí sois una princesa!

MILENA.—Sois bien gentil, Príncipe Carlos. ¿Quién soy? Ahora lo sabréis. Mi padre era el duque Miguel, injustamente castigado por las crueles leyes de Gante; pertenecemos a un pueblo perseguido; al-

gunos nos llaman *hijos del diablo*; otros menos duros dicen que somos *hijos del viento*; pero nosotros también somos humanos, tenemos alma y un alma libre como los pájaros errantes. Una antigua predicción dice que un hijo mío y de un poderoso soberano debe reunir los despojos, dispersos a través de todo el mundo, de nuestro pueblo y conducirlo hasta Egipto.

PRÍNCIPE CARLOS.—Yo no dudo de lo que acabáis de contarme; pero decídme, ¿por qué os empeñabais en abandonarme comprometiéndoos con Mandrágora, haciendo ver que el único fin que os llevaba hacia mí era conseguirle una plaza de oficial? Yo quisiera, Milena, que mis ojos fueran víctimas de falsas visiones; quisiera tratar de mentirosos a mis oídos, porque lo que he visto a través de esa puerta, lo juro, hizo arder en mi sangre una violenta cólera contra vos. Decídme, pues, ¿qué os llevaba a prodigar tan tiernas caricias a Mandrágora?

MILENA.—(Sonriendo). ¡Cuán ligero habéis sido en juzgarme! Tened en cuenta que todas esas concesiones las hice, obligada por Braka, para calmar el mal humor de Mandrágora. Sabed, también, que Mandrágora no es un ser humano, ¡él es una planta!, ¡él es una planta que no sólo blasfema de Dios sino que niega su existencia! ¡Y pensar que fui yo misma quien le trajo a la vida! ¿Es que acaso no sois feliz conmigo? ¡Todo esto me parece tan extraño, me parece todo como un sueño! ¡Pensad siquiera un instante la cólera de Mandrágora cuando sepa que me he entregado toda entera a vos! Mandrágora es mi sostén; todo me viene de él y ya nada tendré, ¿podrías, pues, vos encargarnos de mí?

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Ay!, bella Milena, con qué felicidad

no haría todo eso si tuviese los medios, pero mi amor a los caballos y el rigor de mis parientes hacen que haya contraído fuertes deudas, ¡y ahora aparezco como un miserable!

MILENA.—(*Besándole tiernamente*). ¡No os torturéis! Si yo os he hecho esta demanda es por mis parientes, porque en el fondo de mi corazón yo detesto la vida que llevamos en Gante.

(*Se oye toser a Adrián y la voz de Cenrio*).

CENRIO.—(*Afuera*). Señor, ya es hora partir.

PRÍNCIPE CARLOS.—Mis preceptores vienen; es preciso que nos despedamos por un instante; pasad a la habitación contigua; (*besándola*). hasta luego, amor mío. (*Milena pasa a la habitación contigua*).

(*Entran Adrián y Cenrio*).

ADRIÁN.—Esta noche, señor, las estrellas anuncian el nacimiento de un hijo de Marte y de Venus.

CENRIO.—Dejemos por un instante tranquilas las estrellas y partamos.

PRÍNCIPE CARLOS.—¡En marcha!

(*Salen*).

Se ilumina la habitación contigua. Milena está con la cabeza apoyada en los vidrios de la ventana.

MILENA.—Ya él se aleja; pero, ¿qué importan las distancias si tenemos el amor?

(*Se oscurece la escena*).

ESCENA TERCERA

En Gante. El mismo salón de la Escena Primera, Acto II. Mandrágora, Milena-Golem y Braka conversan cuando golpean a la puerta. Una sirvienta abre.

SIRVIENTE.—(*Entrando asustada*). ¡Santo cielo!, señor Mandrágora, una vagabunda cubierta de harapos, pero de una exacta semejanza con la señora Milena pregunta por vos; dice, además, haber logrado escaparse de la casa de una tal Nietken donde dos viejos ebrios pretendían hacerle el amor y, para colmo, señor Mandrágora, dice también llamarse Milena. ¡Aquí hay artificio del diablo!

MANDRÁGORA.—¿Qué dices? ¡Hacedla pasar!

(*Entra Milena*).

TODOS.—(*Levantándose sorprendidos*). ¡Uy!

MANDRÁGORA.—¡Cuernos del diablo! ¿Qué voy a hacer con dos mujeres exactamente iguales?

SIRVIENTE.—¡A lo mejor la recién llegada es la verdadera Milena!

BRAKA.—Todo es posible.

MANDRÁGORA.—(*Agitado*). ¡No puede ser! Una vagabunda llena de harapos me asignáis por mujer. ¡No puede ser!

MILENA.—(*Llorando*). Estoy muerta de fatiga y de hambre. Sólo os pido que me deis de comer y me dejéis pasar la noche; mañana temprano os prometo que dejaré esta casa.

MILENA-GOLEM.—¡Es mucho lo que pretendes, audaz vagabunda! ¿Es que no te basta con los gastos que

vas a ocasionar en esta casa sino que también pretendes suplantarme? ¡Si esta impostora no se va o si en esta casa no hay nadie capaz de darle con las puertas en las narices me veré obligada a arañarle el rostro con mis propias uñas; que no se sueñe con aprovechar de esta semejanza para robarme el amor de mi marido! (*Volviéndose a Mandrágora*). ¡Y tú que permaneces ahí como una momia! ¿Qué haces que no le rompes los huesos? ¡Ah, esto me demuestra tu falsedad, tu falta de lealtad! ¡Seguramente ya has tenido relaciones con esta mujer; pero yo sabré defender mis derechos, sabré defender mi dignidad! ¡Voy a romperles la cabeza a los dos, miserables adúlteros!

MANDRÁGORA.—(*Alzando el bastón*). ¡Afuera miserable impostora! (*Sale con Milena regresando después de un instante*). ¡Le he dado tal cantidad de palos que se recordará por largo tiempo!

MILENA-GOLEM.—(*Besando a Mandrágora*). ¡Maridito mío, mi perro con cola, cómo debo guardarte!

ESCENA CUARTA

Una calle de Gante. Al costado de la casa de Mandrágora se alzan las columnas de una pequeña capilla. Al fondo de la calle, una fuente. Pasan transeúntes. Milena aparece vestida con el traje de un sirviente.

MILENA.—¡Piel-de-oso! ¡Piel-de-oso! ¿Dónde vas? ¿Qué haces?

PIEL-DE-OSO.—(*Llorando*). ¡Ay, Milena, esto de ser un muerto vuelto a la vida es una gran pena! ¡Hoy mismo he pasado largas horas contando el tesoro que debo recuperar con las ganancias de mi largo trabajo, para volver al reino de la muerte! ¡Felizmente esto se aproxima! Pero no es todo esto el origen de mi tristeza: mi nueva ama, que no es más que un simulacro de ti misma, es tan alta-nera. Yo sé que ella no es más que una figura falsa; pero, ¡imagináos!, si eso revelara, perdería al instante mi empleo y quizás cuanto tiempo más necesitaría para recuperar mi tesoro. Pero, ¿decíme qué os ha pasado, cómo es que andáis con esos vestidos de hombre?

MILENA.—A mi regreso a Buick no encontré a nadie en casa, todos me habían abandonado; cuando me decidía a partir, llegaron dos viejos ebrios quienes enardecidos por el alcohol quisieron hacerme el amor; fué sólo gracias a unos músicos que ellos llamaron para alegrar el festín, que logré escaparme de sus manos, disfrazada con los vestidos y la máscara de una bailarina, luego de haberle dado mi collar. En el camino de Buick a Gante caí rendida por la fatiga y unos guardabosques creyéndome muerta quisieron lanzarme a las aguas del Escalda, pero afortunadamente había mucha luz y lo dejaron para más tarde. En ese instante, ví alzarse la noble figura de mi padre por entre las pirámides de Egipto, dirigiéndome dulcemente la palabra. Alentada por esta visión recuperé mis energías y pude continuar mi camino hasta llegar a casa de Mandrágora, donde, como ya lo sabréis, fuí expulsada. Es sólo debido a la bondad de

Adrián, preceptor del Príncipe Carlos, que he podido permanecer en Gante, haciéndome pasar por criado, pero el Príncipe Carlos ignora todo esto.

PIEL-DE-OSO.—¡Ya lo creo que debe ignorarlo, porque no hace más que pasar todas las noches con vuestra *doble*, luego de hacer narcotizar a Mandrágora!

MILENA.—(*Tapándole la boca con la mano*). ¡Callaos! ¡Eso no puede ser verdad! ¡Mi amor no puede hacer eso! (*Se abraza llorando a Piel-de-oso*).

PIEL-DE-OSO.—No lloréis, Milena; yo vendré todas las noches y os contaré lo que allá sucede; naturalmente que debéis darme una pequeña recompensa que acrecentará mi tesoro. ¡Hasta luego, Milena! (*Salen*).

Se oscurece la escena. Entran músicos, transeúntes y Milena. Linternas, antorchas. Tocan canciones.

MÚSICO 1º—La noche es espléndida.

MÚSICO 2º—Espléndida para cantar al amor.

MÚSICO 1º—Al amor, dices, o más bien a las tristezas del amor. He aquí pues la canción

EN EL AMOR SIEMPRE LO DESCONOCIDO

1

Cuando la amada se va dejándonos una carta sobre la mesa

Es que algo va y no va en lo desconocido

Una palabra, un sollozo, una lágrima

Eso yo lo digo viene del olvido

Viene del alma

De las plumas resplandecientes del alma.

2

Cuando la última piedra del castillo es arrasada por el viento

Es que algo va y no va en lo desconocido.

70

El agua sigue el curso de su sombra
Igual, exactamente igual
Que la amada sigue el curso de su luz
Y el río va y no va a lo desconocido.

3

Cuando el amado encuentra la carta sobre la mesa

Uno de sus ojos le dice al otro ojo

"*La mesa no existe*"

Pero como lo vemos, lo vemos

Es que algo va y no va en lo desconocido.

MÚSICO 2º—(*Entregando al Músico 1º una bandeja con frutas y otra vacía*). ¡Pasad las bandejas!

MÚSICO 1º—(*A Milena*). ¡Señores y señoras! (*Milena toma una pera y la muerde; permanece confundida*). ¡Debéis pagar!

MILENA.—¿Qué? (*Busca algo en sus bolsillos hasta que encuentra un botón que coloca sobre la bandeja*).

MÚSICO 1º—(*Riendo*). ¡Pero esto no es dinero, es un botón! ¡Eh, amigos míos, venid! ¡Ella no tiene dinero y debe pagarnos cantando la más hermosa de las canciones!

MILENA.—(*Atemorizada y en la más extraña confusión*). He aquí, pues, en pago de lo visto, lo oído y lo comido la

CANCION DEL OJO, LA OREJA Y LA BOCA

1

Puede el color despegarse de los tejidos de la luz

Despegarse la altura de todos los abismos

O aún más

Los contornos que aprisionan los rostros y las imágenes mismas

Todo eso depende de la mirada interna

Del gas que sube a la memoria

Pero sabiendo como lo sabemos

Donde pongo el ojo encuentro a mi amado.

71

Puede el sonido despegarse de la más extraña constelación.

El ruido de la muerte ha llamado a mi padre
Yo escucho que me dicen *hija del viento*
Yo sonrío mi corazón sonrío
Porque mi amado gobierna a los cuatro vientos
Y es una música sin sonido.

La boca del cielo a cada instante me come
El sabor a fuego siempre deslumbra
Estamos en tiempo y forma
¡Ay! la memoria nos precipita al abismo
Mientras el amado y la amada
Gozan en el frenesí.

MÚSICO 1º—(*Vaciando el plato de frutas en el birrete de Milena*). ¡Hermosa canción cantada por la más bella de la ciudad! (*Todos los músicos salen*).

MILENA.—(*Corriendo al lugar que antes ocupaban los músicos*). ¡El me ha dejado su linterna y un ramo de flores! (*Dirigiéndose hacia las columnas de la capilla*). ¡Oh cielos, ya levantáis vuestra maldición; nuestro crimen se ha expiado! (*Se sienta en las gradas con la espalda apoyada a una de las columnas de la capilla*).

Pasan dos pajes.

PAJE 1º—Y la historia se repite todas las noches.

PAJE 2º—Lo peor es que hay que esperar el momento preciso para hacer tragar el opio a Mandrágora y después atarle. ¡Y pensar que ahora lo hemos hecho en la propia fiesta que él mismo ha ofrecido!

PAJE 1º—Pero el Príncipe no se queda corto en materia de recursos. (*Salen*).

Se apaga el cirio de la linterna que está junto a Milena. Obscurecimiento. Los vidrios de la ven-

tana de la casa de Mandrágora se esclarecen. Salen invitados de la casa de Mandrágora. El Príncipe Carlos sale con Milena-Golem; ésta lleva una antorcha en la mano.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*A Milena*). ¡Eh, criado, despiértate; ven a encender tu cirio y alúmbrame el camino! (*A Milena-Golem*). ¡Pasaré contigo todas las noches! ¿Y por qué no también durante el día?

MILENA-GOLEM.—Sí, sí; pero no olvidéis el collar de perlas que me habéis prometido.
(*Milena se acerca y enciende el cirio en la antorcha de Milena-Golem*).

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Ay, son dos! ¡Ahora comprendo!

MILENA-GOLEM.—(*A Milena*). ¿Otra vez en mi camino? ¿Es que quieres poner fin a mi existencia? ¡Huid, vil criatura! (*Se saca un alfiler de sus cabellos y clava a Milena*).

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Tomando a Milena-Golem de los cabellos le deja al descubierto en su frente la palabra "AEMAETH"*). ¡Desaparece simulacro de mi amor; vuelve a tu miserable existencia de arcilla! (*Borra la sílaba "AE" de la frente de Milena-Golem, la que cae desplomada por los suelos convirtiéndose en un montón de arcilla, que queda cubierto con su propio manto*) ¡Eh, criados, recoged esta arcilla y que nadie la toque! (*Se va con Milena junto a la fuente, lavándose las manos*). ¡Y ahora, mi amor, que estoy purificado nos iremos a mi castillo!

MILENA.—Señor, debo partir a Egipto; liberar mi pueblo; conducirlo hasta las fértiles riberas del Nilo!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Ya nadie más podrá separarnos, mi amor! ¡A mi castillo, mi dulce amor, mi eterno amor!

(*Salen*).

ESCENA QUINTA

En el castillo del Príncipe Carlos. Gran sala de audiencias. Cortesanos. Milena entra del brazo de una dama de Corte; viste un traje de brocato de plata adornado con flores rojas; ciñe además una corona de duquesa.

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Levantándose de su silla y haciendo una gran reverencia a Milena*). Yo, heredero del trono de España y de sus vastas posesiones, os reconozco públicamente, Milena, hija del duque Miguel de Egipto, como la heredera legítima de ese país y princesa de todos los gitanos que habitan aquí y en todos los rincones del mundo; yo les doy la libertad para que regresen a su país y les autorizo para que, desde hoy, se muestren sin ser molestados y puedan ganarse la vida libremente, con la única condición de que vos, princesa Milena, quedéis entre nosotros para dicha nuestra.

MILENA.—(*Se acerca al Príncipe Carlos y le besa*). ¡Señor, señor!

Se oye murmurar entre los Cortesanos.

PRÍNCIPE CARLOS.—¿Qué hay?

CORTESANO.—Dos agitados mensajeros con noticias importantes y un hombrecillo, que dice llamarse Mandrágora, demandan audiencia a su Majestad. (*Todos se sientan*).

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Que pasen! (*Entran los mensajeros seguidos de Mandrágora*). ¡Decid las noticias!

MENSAJEROS.—¡El rey ha muerto, viva el rey!

MANDRÁGORA.—¡Viva qué rey?

MENSAJERO 1º.—¡Carlos V!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Noticia ya vieja en el castillo! (*A Mandrágora*). ¡Hablad!

(Se retiran los mensajeros).

MANDRÁGORA.—Señor, tengo una queja que presentar.

PRÍNCIPE CARLOS.—Decídla; asimismo decid en qué fundáis vuestra queja.

MANDRÁGORA.—Ilustrísimo señor: vais a escuchar a un hombre que abre de par en par las puertas de su angustiado corazón; hacéos, señor, la idea de que escucháis las últimas palabras de un condenado a muerte. Hecha, pues, esta pequeña aclaración me permitiré, con vuestra venia, entrar en materia. Cierto es que el matrimonio en sí es una cosa bastante bestia: en el fondo el problema radica en que la legitimidad de la relación hombre y mujer no puede obtenerse por la sola consagración o golpe de gracia dados por un tercero, sino de la pureza de un amor ciertamente ausente de toda clase de mezquindades humanas. El deseo recíproco y sucesivo de posesión entre estos dos seres, tan diferentes el uno del otro, es la demostración evidente de este amor. Cuando esto sucede, lo que, por otra parte, día a día se hace más raro, y, por azar, coincide dentro del matrimonio, nacen legítimos derechos para ambos amantes. El matrimonio —y yo hablo aquí del verdadero matrimonio— no puede ser una limitación ni del amor ni de la libertad: es una manera de realizar el amor y de verificar la libertad. Imaginad, Ilustrísimo señor, dos recién casados en quienes se cumplan las condiciones ya expuestas: en ellos todo es una creciente alegría y un esfuerzo para perpetuarla a

través del hijo mayor que será el preferido de abuelos y tíos sin importarles para nada la suerte de los que siguen...

CORTESANA.—Pero este hombre es un demonio. Sin embargo, yo me intereso, no sé por qué, por su desgracia.

MANDRÁGORA.—Es en razón de este amor, de este infinito amor, Ilustrísimo señor, que yo reclamo a mi mujer, que yo reclamo a Milena... alejada de mí sin razón alguna...

MILENA.—¡Pero qué audacia! ¿Os habéis olvidado ya que en Gante me disteis con la puerta en las narices después de haberme abandonado en Buick, dejándome en manos de una sucia alcahueta? ¿Es así como acostumbráis a pagar los favores que se os hacen, a mí, precisamente a mí que, de informe raíz, os he hecho un hombre?

MANDRÁGORA.—(Lanzando furioso un guante por el suelo). ¡Me batiré con cualquiera que responda de estas palabras y pretenda que soy una raíz!

CORTESANO.—Pero para batiros debéis primero probar que sois un hombre y después que tenéis igual rango que vuestro adversario. ¿Podéis probar esto?

MANDRÁGORA.—¡Ciertamente! ¿Consentid, señor, que salga a buscar mis testigos?

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Id! (Sale Mandrágora).

Los presentes hablan en voz baja.

CORTESANO.—¿Que Mandrágora sabe descubrir tesoros ocultos? ¡Dios salve al rey... de los gitanos! ¡Imaginad, Alteza, que tuviérais un Ministro como Mandrágora a quien confiarle las Finanzas! ¡El os proveería de los medios necesarios para todas vuestras grandes empresas! ¡Vuestra memoria se

perpetuará a través de todos los siglos! ¡Viva el Príncipe Carlos y Mandrágora, Secretario de Estado!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Gran idea!

(Entra Mandrágora seguido de Braka y de Piel-de-oso. Este último porta los vestidos de Milena-Golem y una estatua de ésta).

MANDRÁGORA.—¡He aquí mis pruebas!

PRÍNCIPE CARLOS.—(A Braka). ¿Qué sabéis de todo esto? ¡Hablad!

BRAKA.—Mandrágora tiene razón... ¡ay! no... yo le tengo miedo. No. Yo confieso ahora la verdad, nada más que la verdad: Mandrágora ha sido unido en matrimonio con una mujer cualquiera bajo el nombre de Milena, mujer que ha desaparecido sin que se sepa cómo. Pero la verdadera Milena es ésta y yo la honro como princesa, yo, que estoy a su servicio desde su infancia. (Se prosterna ante Milena).

MANDRÁGORA.—¡Esta mujer ha mentido toda la vida!

PRÍNCIPE CARLOS.—¡Que hable el otro testigo!

PIEL-DE-OSO.—Mandrágora es hombre... Mandrágora no es hombre; Milena es su mujer... Milena no es su mujer.

PRÍNCIPE CARLOS.—Hay tantas contradicciones en el testigo, que su testimonio debe tenerse como nulo.

MANDRÁGORA.—(A Piel-de-oso). ¡Inmundo cadáver viviente, juro perseguirte durante toda mi vida: en vez de devolverte el tesoro lo distribuiré en limosnas; quedarás pobre como una rata hasta el último de tus cochinos días! (Le da de puntapiés, quitándole al mismo tiempo los vestidos y la estatua de Milena-Golem).

CORTESANO.—Decídme, Mandrágora, ¿qué representa esa estatuilla?

MANDRÁGORA.—(*Besando la estatua, desconsolado*). ¡Ay! Es la imagen de mi amor, de mi único amor, la imagen de mi bella Milena. ¡Mejor hubiera sido permanecer como en mi vida anterior: ni los topos, ni los gusanos, ni las mismas hormigas me habrían causado el daño que ahora todos vosotros me causáis!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Golpeando amablemente la espalda a Mandrágora*). Sed razonable, Mandrágora, reflexionad: una enorme distancia os separa entre Milena y vos; mientras Milena es una princesa, vos sois una raíz; no es posible que seáis el amo y señor de Milena. ¿Creéis que los gitanos os obedecerían si supieran que sois una raíz?

MANDRÁGORA.—¡A lo mejor ya lo saben: aquí se cuenta todo!

PRÍNCIPE CARLOS.—Pensándolo bien creo que todo podría arreglarse si os casarais con Milena no con la mano derecha sino con la izquierda; habitaríais la misma casa que ella y yo os daré el título de Mariscal de Campo, bajo la condición expresa de no compartir ni su lecho ni su mesa. A cambio de esta distinción, naturalmente, vos debéis descubrir todos los tesoros ocultos y entregármelos en calidad de Príncipe protector de los bohemios. ¿Aceptáis?

MANDRÁGORA.—(*Después de reflexionar, tomándose la barba*). ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Por fin tendré mi dormitorio solo, donde podré dormir tranquilamente, porque, a decir verdad, mi mujer, ésa que he perdido —si ésta no es la misma— no me daba reposo! ¡Y la comida en común con mi mujer, ésa que he perdido —si ésta no es la misma— no

era muy agradable! ¡Siempre con sus bestialidades y sus conversaciones insulsas! ¡Y todavía el título de Mariscal de Campo! ¡Magnífico! ¡Mariscal de Campo, mi bastón de mando! ¡Magnífico!

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Al Cortesano*). ¡Ordenad al mismo cura que ya ha casado a Mandrágora que lo haga una vez más y ahora públicamente; si se niega, decídele que lo condenaré a pan y agua por haber bendecido un matrimonio en secreto!

(*Todos salen*).

ESCENA SEXTA

En el ala izquierda del castillo del Príncipe Carlos. Gran sala; un balcón da a una terraza. Es de noche. Milena mira a través de los vidrios de la ventana.

MILENA.—Es una noche como aquella en la que ahorcaron a mi querido padre; algún suceso importante debe anunciar ese azul provocante del cielo; las estrellas brillan como entonces. ¡Qué tortura ésta de tener presentimientos! Braka no me dijo ¡cuán doloroso! era estar en posesión del conocimiento cuando ella me aconsejaba que aprendiera a leer en las estrellas de la misma manera que se hace con las cartas de los cautivos: entre líneas. ¡Ay,

este azul de locura algo significa! (Se oye una música lejana que se va acercando; a través de la ventana empiezan a verse, después, figuras fosforescentes de gitanos). ¡Son mis hermanos que me llaman; ellos se embriagan con la libertad; quieren partir, partir, partir...!

Un gitano canta la

CANCION DE LA FUENTE DE LO DESCONOCIDO

1

Las lágrimas ya no van con los ojos
Los crímenes ya no existen
Todos corren hacia el Oriente
La luz también salta de pozo en pozo
Sólo nuestra princesa permanece encadenada
A las frías losas de un castillo.

2

Los gitanos somos *hijos del viento*
Amamos reír y llorar
Cuando entramos y salimos de las ciudades.
Ahora decimos es eso
El bosque se ha hecho para el pájaro
Pero el pájaro ama los cielos que cambian.
Todo se transforma, toma el color de la fuga
Y sin embargo, sin embargo
Sólo nuestra princesa permanece encadenada
A las frías losas de un castillo.

3

Los crímenes ya no existen
La boca de lo desconocido nos besa
Ya es hora de partir
Y nuestra princesa nos abandona
¡No!
Las cadenas se desprenden de las losas del castillo
Las cadenas se rompen
Y nuestra princesa está con sus hermanos.

MILENA.—¡Ahora ellos se van! ¿Es que el recuerdo de

un amor será suficientemente capaz de retenerme en los muros de este castillo? ¿Dónde está ahora el amor? ¡Ay, la boca de lo desconocido me besa y ya es hora de partir! ¡Hermanos gitanos, la princesa ha roto las cadenas: la princesa está con sus hermanos! (Sale por el balcón).

Se oscurece la escena y después se hace de día.

(Entra el Príncipe Carlos y se sune en un sillón, agobiado por el dolor).

PRÍNCIPE CARLOS.—Mi encantadora Milena ha huído; mía, y solamente mía, es la culpa. ¿Por qué el destino habrá de hacernos estas malas jugadas? ¿Por qué no supe yo conservar su amor? ¡Ah, es la soledad que empieza a golpearnos en el rostro! ¡Culpable yo mismo: yo he precipitado la soledad! (Entra un criado y Braka). ¡Hablad!

CRIADO.—Siguiendo las órdenes de Vuestra Majestad, procedí a quitar al señor Mandrágora la estatua que, de una manera tan real, él había logrado conseguir, después de no pocas tentativas, con la imagen de la princesa Milena. Fué tan grande la indignación que sufrió el señor Mandrágora que murió víctima del ataque de cólera que le sobrevino, naturalmente después de haber blasfemado y gritado que la plaza de Mariscal era una cosa idiota; que él se reía de estas historias y que, al saber la desaparición de la princesa Milena, él había lanzado su bastón de mando al río, no sin antes predecir que un día las guerras las ganarían no los generales ni los mariscales sino los sabios alquimistas. Profirió tal cantidad de insultos que ofenderían los oídos de Vuestra Majestad si yo los repitiera. Como eso no fuera poco, al tumbarse

por los suelos el señor Mandrágora, cayó sobre él un rayo reduciéndolo a la nada. De su cuerpo sólo quedaron unas cuantas cenizas, imposible de recoger. (*Sale*).

PRÍNCIPE CARLOS.—(*Con lágrimas en los ojos*) ¡El tenía el alma de un verdadero rey! ¡Yo me había ya acostumbrado a sus extravagancias! ¡Es la soledad, la soledad que me golpea el rostro por segunda vez! (*A Braka*). Haré que se redoblen las búsquedas de Milena y vos viviréis cerca de mí, gozando de una pensión, para recordarme lo que he perdido. (*Hunde su cabeza en las manos*).

BRAGA.—¡Perded las esperanzas de reencontrar a vuestra Milena, ¡yo conozco a mi pueblo!: somos como las aves migratorias. No lloréis; la vida es así: dura, terriblemente dura. Desde mi infancia yo he escuchado:

LA CANCIÓN PARA EL QUE SALE Y ENTRA EN LA SOLEDAD

Por el amor los seres toman conocimiento de su existencia
en la tierra

Es el amanecer de los corazones.

La imagen de lo que amamos se encadena entonces al ojo
Y el ojo comienza a transformar el mundo exterior.

Viene el día donde las palabras se confunden con los
labios

Le sigue la noche donde el ojo interno ilumina las almas
Y entonces oímos la gran voz que sale del pozo de la
soledad

Diciéndonos:

"*Huid, huid*

"*Que por amor huyen las aves*"

Y ya no sabemos si estamos saliendo o entrando en la
soledad

Pero las vallas de lo prohibido se han saltado

Y partimos, partimos a lo desconocido.

¡Qué horror! ¡Pensar que los hombres mueren

por el corazón! ¡No! No lloréis, Príncipe Carlos; todo se ha realizado según lo escrito en las estrellas; pero, teniendo abierto en el cielo este gran libro, ¿podéis seguir aún diciéndome que el dolor nos fortifica?

MARSELLA, Agosto de 1950.

Í N D I C E

ACTO PRIMERO	11
ACTO SEGUNDO	33
ACTO TERCERO	57

a c a b ó s e

DE IMPRIMIR EL DÍA 19 DE MAYO DE 1954.

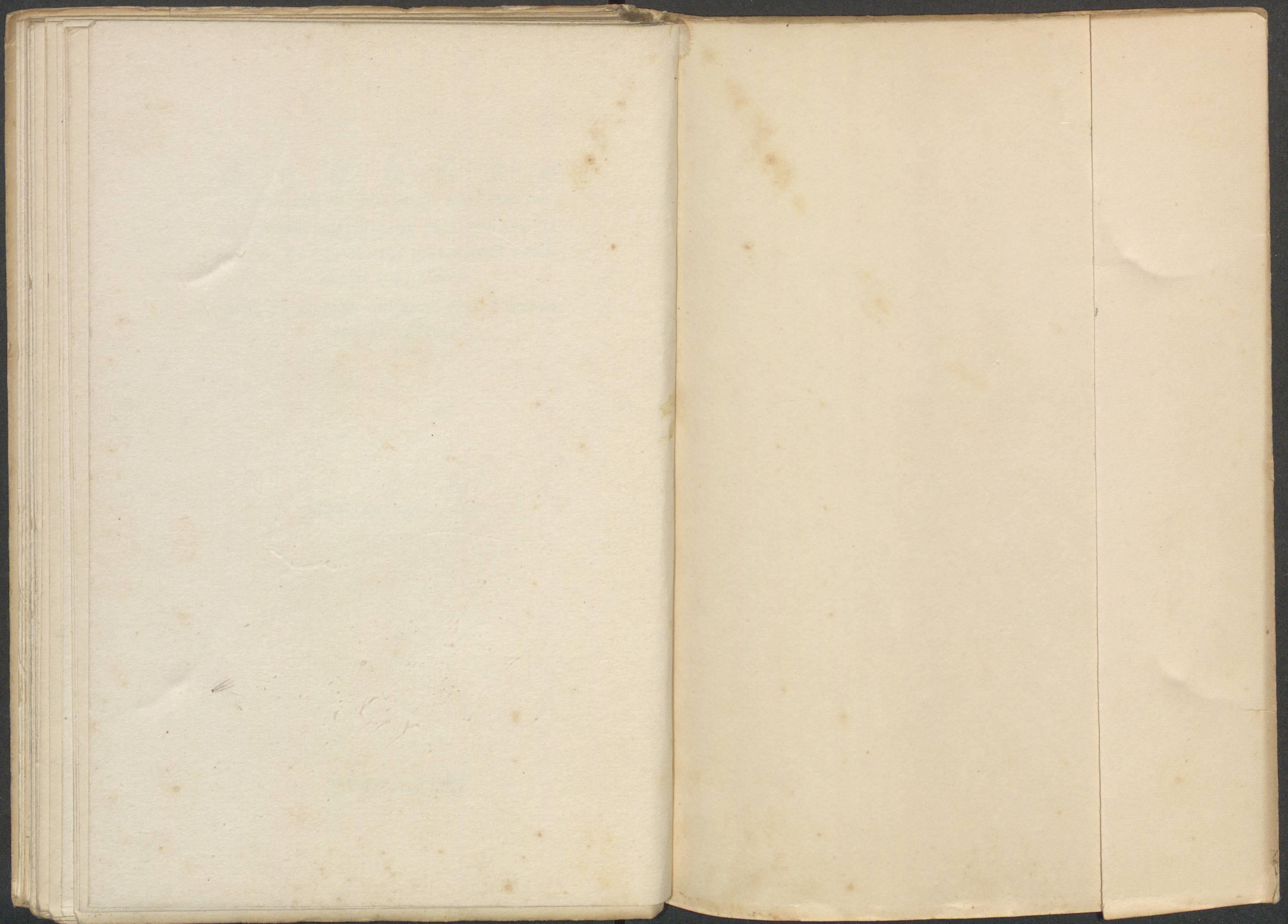
LA EDICIÓN ORIGINAL DE ESTA OBRA SE HA
TIRADO EN QUINIENTOS EJEMPLARES NUME-

RADOS DE 1 A 500.

TODA LA EDICIÓN ORIGINAL ESTÁ FIRMADA
POR EL AUTOR.

EJEMPLAR N.º.....

Carmelo Soría - Impresor
Av. Larraín 6284





UNIVERSIDAD DE TALCA
BIBLIOTECA CENTRAL



3 5604 00141676 5